

José María Fornell Lombardo

EL PORTENTOSO PADRE JOSÉ DE ANCHIETA

**Esbozo de la Vida y Obra del Beato
José de Anchieta, S.J. (1534-1597)
APÓSTOL DEL BRASIL**

**Fundador de Sao Paulo y Río de Janeiro. Autor de la Primera Gramática Tupí-Guaraní.
Creador de la Literatura y Teatro Brasileño.
Primer historiador de los minerales, de la flora y fauna, y de la Ecología y Antropología del
Brasil.
Granada, 1999.**

INDICE

EL PORTENTOSO PADRE JOSÉ DE ANCHIETA	3
LA LAGUNA	4
COIMBRA	7
BRASIL	12
BAHÍA DEL SALVADOR	12
DOCE AÑOS DE ESTUDIANTE-PROFESOR.....	15
UNA DÉCADA PRODIGIOSA.....	19
PRIMEROS MÁRTIRES JESUITAS DE AMÉRICA.....	20
EL TERCER GOBERNADOR GENERAL	22
PRIMERA HISTORIA NATURAL Y SOCIAL DEL BRASIL.....	24
CREADOR DEL TEATRO BRASILEÑO	31
LA PAZ CON LOS TAMOYOS Y EL POEMA MARIANO.....	34
CAMINO DEL SACERDOCIO.....	37
UN VISITADOR SANTO (1566-1569).....	39
SEGUNDA DÉCADA EN EL SUR.....	40
DIEZ AÑOS DE PROVINCIAL (1577-1587).....	42
EL “SANTA ÚRSULA”	43
ENFERMO DE POR VIDA	43
EL SEGUNDO VISITADOR DEL BRASIL (1583-1589).....	45
FUNDADOR DE ALDEAS	46
FUNDADOR DE COFRADÍAS.....	46
UNA CARTA A FELPE II	47
SU ÚLTIMA DÉCADA DE VIDA.....	50
EL AUTO DE SAN MAURICIO	51
ANCHIETA Y LOS ENFERMOS	52
SU ÚLTIMA CARTA PERSONAL	53
SU ÚLTIMO AUTO SACRAMENTAL	53
UN SANTO PARA EL TERCER MILENIO	54
MODELO Y PATRONO DEL MUNDO HISPÁNICO.....	55
ÚLTIMA REFLEXIÓN: EL ENIGMA ANCHIETA	57
APÉNDICE	59

EL PORTENTOSO PADRE JOSÉ DE ANCHIETA

Esta breve biografía del Beato José de Anchieta, Apóstol del Brasil, va dirigida especialmente a los católicos tinerfeños. El título no es mío. Lo he tomado de nuestro primer historiador José de Viera y Clavijo (Realejo Alto, 1731 .Las Palmas, 1813).

Viera y Clavijo no se distinguía precisamente por su amistad con los jesuitas. Era un clérigo “ilustrado” y había recibido con complacencia la expulsión de la Compañía de Jesús de los reinos de España por Carlos III en 1767.

Pero, como historiador serio, hace suya esta frase del cardenal Álvaro Cienfuegos (Oviedo, 1657 -Roma, 1739) en su famosa biografía de San Francisco de Borja:

El Cardenal Cienfuegos refiere largamente la fructuosa predicación de estos operarios (los jesuitas), especialmente en Tenerife, añadiendo que pagó aquella noble isla con mano generosa este cultivo de la Compañía en solo un hijo suyo, EL PORTENTOSO PADRE JOSÉ DE ANCHIETA, taumaturgo de la América, cuya fama espera cada día ver sus virtudes colocadas sobre la adoración y sobre el ara.

Podía haber completado Viera a Cienfuegos diciendo que la isla de Tenerife le pagó a la Compañía “por adelantado”. Pues los primeros jesuitas castellanos llegaron a nuestra isla, de camino para la Florida, en 1566, enviados por San Francisco de Borja, cuando José de Anchieta llevaba ya 15 años de jesuita, y 13 de ellos de misionero en el Brasil...

José de Anchieta nació en La Laguna el 19 de marzo de 1534, el mismo año en que Ignacio de Loyola reunía en París a sus primeros compañeros. A los 14 años de edad fue enviado a estudiar Filosofía a la Universidad de Coimbra con su hermano Pedro, hijo mayor del primer matrimonio de su madre, que iba a estudiar Derecho Canónico para ordenarse de sacerdote.

Terminados los tres años de Filosofía, ingresó José en la orden ignaciana el 1 de mayo de 1551. Apenas hubo terminado su Noviciado, a los 19 años de edad, fue enviado a la Misión del Brasil con la tercera expedición de jesuitas, que salió de Lisboa el 8 de mayo de 1553 y llegó a Bahía el 13 de julio, después & dos meses y cinco días de navegación. Era el más joven misionero del Nuevo Mundo. En el Archivo Romano de la Compañía de Jesús se conservan cartas suyas dirigidas a los cinco primeros Generales de su Orden:

San Ignacio de Loyola, el Fundador, pariente próximo de los Anchieta de Urrestilla y Azpeitia.

Diego Laínez, teólogo del Papa en el Concilio de Trento.

San Francisco de Borja, “primo” del Emperador Carlos.

Everardo Mercuriano, belga, que nombró al Padre Anchieta 5º Superior Provincial del Brasil.

Claudio Aquaviva, italiano, durante cuyo largo gobierno murió el santo tinerfeño (9 de junio de 1597).

La Laguna, Coimbra y la inmensa costa brasileña desde Pernambuco a San Vicente, con frecuentes incursiones a lo que llamaban ‘sertón’ o “mediterráneo”, fueron los tres escenarios donde se desarrolló la vida “portentosa” de José de Anchieta.

Catorce años en La Laguna, cinco en Coimbra y cuarenta y cuatro en el Brasil portugués (1553-1580) bajo los reinados o regencias de Don Juan III, Doña Catalina de Austria, el joven Don Sebastián y el Cardenal infante Don Enrique; y en el Brasil castellano (1580- 1597) bajo Felipe II de Castilla y I de Portugal. Es de advertir que cuando Felipe de Austria heredó legítimamente la corona de Portugal, Anchieta llevaba ya tres años de Superior Provincial del Brasil.

LA LAGUNA

De la vida de José de Anchieta en La Laguna sólo se conocen dos documentos. El de su Partida de Bautismo (7 de abril de 1534), que se conserva en la Parroquia de Santo Domingo, donde se venera también su pila bautismal, y un protocolo notarial de su padre en el que aparece su firma, actuando de “testigo” en el mismo. Este documento se encuentra en el Archivo Histórico Provincial de Tenerife.

Con motivo del cuarto centenario de la muerte del Beato José de Anchieta, el Rev. Padre Peter-Hans Kolvenbach, S.J., Preósito General de la Compañía de Jesús, escribió a todos los jesuitas del mundo una extensa carta laudatoria sobre nuestro santo lagunero, de la que copio un breve párrafo:

Misionero y místico, poeta con notable sentido práctico, apasionado por el Señor y por los pobres, cercano a los hombres y a la naturaleza, culto y sencillo, enfermo con enorme capacidad de resistencia, fecundo a pesar de la carencia absoluta de recursos, EL BRILLO DE SU FIGURA SIMPÁTICA NO OFUSCA, SINO ATRAE...

En esta humilde biografía de EL PORTENTOSO PADRE JOSE DE ANCHIETA, vamos a comprobar siempre que esos “portentos” no nos ofuscan” sino que nos “atraen”. Algunos o muchos de sus “milagros” pueden parecer hoy inverosímiles o increíbles. Sin embargo, como “hechos”, son históricamente ciertos.

El nº 135 de la B.A.C. (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1955) se titula “Biografía y escritos de San Juan Bosco”. Los “milagros” de este santo moderno, que también fue “portentoso” y que también “atrae”, están todos perfectamente documentados. De igual manera lo están los del Beato Anchieta, aunque las fuentes sean del lejano siglo XVII y no puedan desprenderse de algún que otro “barroquismo”. También San Antonio de Padua, a pesar de las nieblas del siglo XIII, fue sin duda un amable “taumaturgo”. Que lo diga, si no, todo el pueblo cristiano que lo sigue invocando con igual confianza después de siete siglos.

¿Y cuáles son los “portentos” que hizo Anchieta en La Laguna? Por lo pronto, examinando el documento notarial, a que hemos aludido antes, vemos que pertenece al año 1546. Por lo tanto, tiene Anchieta 12 años de edad, tal vez no cumplidos. Y en ese escrito, su firma, precedida del texto “por t^o” (por testigo), también

autógrafo suyo, de una caligrafía perfecta, contrasta notablemente con el resto casi ininteligible del documento. Es ciertamente un “prodigio”.

Esto prueba dos cosas. Primero la madurez humana del adolescente Anchieta, a quien su padre, escribano de la ciudad, encarga el papel de testigo notarial; y, además, la pericia de aquel joven “escribano” con una letra perfecta que conservará su claridad y su firmeza hasta el Auto Sacramental “Visitación a Isabel”, que escribe en su lecho de muerte y se conserva en Roma de su puño y letra.

Si se me perdona lo que pudiera parecer “irreverencia”, diría que también Anchieta, a los doce años, como Jesús, se ocupa ya en las cosas de su “padre”. Gracias a esa precocidad “portentosa”, cuando esté de profesor en Sao Paulo, sin libros de texto, podrá pasar gran parte de la noche escribiendo, con su limpia letra, los apuntes para sus alumnos. Es un hecho histórico absolutamente comprobado.

En no pocos escritos anchietanos, sobre todo en su Poema a la Virgen, podemos rastrear algunas huellas de sus 14 años de La Laguna.

Ese Poema, del que se dice que lo iba escribiendo en la arena de la playa durante su cautiverio voluntario en Iperuí, para grabarlo en su “felicísima memoria” y escribirlo después en San Vicente, no ha sido aún adecuadamente estudiado.

Es muy probable que aquella obra fuera el Poema de su vida. Pienso que sus primeros balbuceos son de La Laguna... Algunos otros episodios notables, que encajan con cierta dificultad en el conjunto, los habría escrito ya en Coimbra. A sus 29 años tiene Anchieta la oportunidad de sentirse “solo” durante cinco meses, día y noche, con su Señora y, bajo su inspiración, da el último toque a su poema autobiográfico.

Sí. Junto a Jesús y María (y José, que aparece alguna vez discretamente), encontramos siempre, en el “Poema Mariano”, al “esclavito indigno” de los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, sirviendo y cantando a Dios, a cuya “mayor gloria” se había consagrado ya el vate tinerfeño.

Voy a citar un dístico de uno de los pasajes más emotivos del Poema: la Huida a Egipto. El Destierro de Jesús con María y José, lo vive él, desterrado también entre los tamoyos de Iperuí, con especial lirismo. Y recuerda sus primeros años en La Laguna.

De la infancia de Jesús en Nazaret dice escuetamente el evangelista San Lucas que “crecía en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres”. Y Anchieta anota en el Poema Mariano:

VERA quidem mecum primis accrevit ab annis,

Et nato el dulci dante parente, PIDES.

(Desde mis primeros años creció conmigo LA VERDADERA

FE, que me regaló el Niño y su dulce Madre.)

[vv. 3447-8].

A falta de un estudio más profundo, quizás esté aquí, en esta FE CRECIENTE de sus primeros años de La Laguna, el germen fecundo de la “portentosa” vida del Padre Anchieta.

Si algo hay evidente en el Evangelio, y con más claridad en el de San Lucas, es que sin FE, no hay MiLAGROS. Y Anchieta nos dice, en unas circunstancias en que es imposible mentir o exagerar, que LA VERDADERA FE creció con él DESDE SUS PRIMEROS AÑOS. Y que esa FE fue un regalo del Niño y su dulce Madre...

Ya es el lector el que tiene que sacar sus consecuencias. Yo le voy a sugerir DOS. Una sobre el poder de la FE. Leemos en el evangelio de San Lucas (17, 5-6):

Dijeron los Apóstoles al Señor: “Auméntanos la fe”. El Señor dijo: “Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este sicómoro: “Arráncate y plántate en el mar” y el árbol os obedecería.

¿Nos pueden extrañar los “portentos” de Anchieta, si el grano de mostaza de la Fe, que recibió en su bautismo, “fue creciendo con él desde sus primeros años”?

Mi segunda sugerencia es hoy de suma importancia para los católicos, en los comienzos del tercer milenio. No voy a hacer una exégesis completa del dístico latino del Beato Anchieta citado más arriba. Sólo un detalle. La primera palabra es “VERA” y la última “FIDES”. Son las dos columnas que sostienen la bella arquitectura de esa estrofa latina. “LA VERDADERA FE”.

Intraducible, porque el LATÍN, que Anchieta hablaba y escribía ya en La Laguna, es la lengua más perfecta que se ha hablado y escrito en Occidente. Pero a lo que voy no es a la forma, sino al contenido: “Desde mis primeros años creció conmigo LA VERDADERA FE, que me regaló el Niño y su dulce Madre”...

Ante el tercer milenio del Nacimiento de Jesús, no podemos dudar. LA VERDADERA FE es la católica, apostólica y romana... Leamos TODO el Concilio Vaticano II. Y sabremos responder, como respondía Anchieta a luteranos y calvinistas, a los “protestantes” o “agnósticos” de hoy. Con humildad, pero con firmeza. Respetemos a nuestros “hermanos mayores” en la fe de Abraham, los israelitas. Y a nuestros “hermanos menores”, los musulmanes, hijos también del Abrahán de la FE. Y a los “hermanos separados” del Norte o del Este. Pero no dudemos de nuestra VERDADERA FE, la de los miles de santos y la de los millones de mártires que la han confesado, como el Beato José de Anchieta, con su vida “portentosa”, en estos veinte siglos de cristianismo, que acabamos de cumplir.

Reconozcamos, con humildad anchietana, que esa Fe “nos la regaló el Niño y su dulce Madre”. Pero procuremos que “crezca” con nosotros y brille en el tercer milenio, como la que desde el corazón de nuestro “portentoso” lagunero inundó de luz a la nación católica más extensa y poblada de nuestro mundo hispánico.

Todo lo que añada sobre los 14 años de José de Anchieta en la isla de Tenerife lo puede igualmente imaginar el lector. Si sus padres lo enviaron, a esa edad, a la Universidad de Coimbra, fue porque en Canarias entonces (ahora hay dos grandes universidades) no tenía más nada que aprender. Y también porque veían a su hijo José físicamente fuerte y moralmente responsable...

Acompañemos a este despierto adolescente, fuerte y sano, despidiéndose de las Cañadas del Teide y de nuestra Virgen de Candelaria, y bajando con su hermano y su padre, en algunas cabalgaduras, desde su Casa Natal en la Plaza de Abajo, por los bordes del Barranco de Santos, hasta el Puerto de Santa Cruz... Veamos el frágil barco de vela perderse lentamente en el horizonte rumbo a Madeira y Lisboa... y acompañemos a Doña

Mencía que se quedó en La Laguna con los hijos pequeños...

COIMBRA

Fuerte y sano. Si no, no lo hubieran enviado sus padres tan lejos, Y menos a esa edad. Bueno, lo de la edad no era entonces tan protocolario como ahora. Vimos a José actuando de testigo, a los doce años, en un documento público. Doce años tenía también el que hubiera sido Don Juan III de Castilla, cuando su madre, Isabel la Católica, lo armó caballero en Loja durante el sitio de Granada.

De la etapa conimbricense del Apóstol del Brasil sólo consta documentalmente su fecha de entrada en la Compañía de Jesús (1 de mayo de 1551) y su salida de Lisboa para Bahía (8 de mayo de 1553). Pero abundan las “referencias” propias y las de sus biógrafos. Y no faltan tampoco las “**conjeturas**” de los historiadores... Y los “**enigmas**” de la Historia.

¿Por qué fueron los hijos de Doña Mencía, Pedro Núñez de Villavicencio y José de Anchieta, a Coimbra y no a Salamanca? Pedro era “cristiano nuevo” por parte de padre y madre. José sólo por su madre, pues su padre era vasco. (Otro hecho extraño: ¿cómo pudo casarse aquel vasco con una viuda descendiente de judíos por los cuatro costados?)

Algunos dicen que en Portugal eran menos exigentes que en Castilla en punto a pureza de sangre... Otros nos recuerdan el parentesco de Don Juan de Anchieta con el santo Fundador de la Compañía de Jesús, tan firmemente establecida en Lisboa desde sus primeros años...

O simplemente que Canarias era entonces tan portuguesa como castellana. Y estaba mucho más cerca de Lisboa o Coimbra que de Salamanca o Alcalá. Doña Mencía, además, era oriunda de tierras extremeñas... y debió tener parientes en Coimbra, que acogieran con gusto a sus hijos.

Fuerte y sano llegó Anchieta a la Universidad. Fueron tres años de Filosofía o “Artes” y dos de novicio jesuita. Un lustro en total, que terminó de forjar su personalidad y que influyó notablemente en los cuarenta y cuatro largos años de su “portentoso” apostolado brasileño.

Para mejor entenderlo, conviene hacer antes una breve síntesis de sus circunstancias histórico-políticas.

El Prólogo se lo va a poner José Maria Pemán en “El Divino Impaciente”, tan injustamente olvidado.

Discuten amistosamente, sobre un nuevo globo terráqueo, estudiantes portugueses y castellanos, compañeros del navarro Francisco Javier...

JAVIER

*...Por Castilla y Portugal
sabe el mundo su tamaño.*

OLIVA

¡Sobre todo por Castilla!

BRJTO

¡Por Portugal sobre todo!

JAVIER

*¡Qué vana es esa rencilla!
Tan ancha es la maravilla
que caben del mismo modo
el de casa y el hermano.*

(sobre la esfera)

*Mirad, con qué liso y llano
saber exacto y seguro,
hacia el Occidente oscuro
y hacia el Oriente lejano
donde nace la alborada,
van esos dos rumbos ciertos.
Son los dos brazos abiertos
de España crucificada.
Porque, aunque parecen dos,
una sola interna voz
les dice un mismo ideal.
Y así, con impulso igual,
invocando a un mismo Dios,
trazada sobre la frente
la misma cruz al partir,
Portugal, por el Oriente;
Castilla, por Occidente,
se buscan, y al coincidir,
las cinco Molucas son
cinco broches de coral
que abrochan el cinturón
de la idéntica ambición
de Castilla y Portugal..*

Bajando a la prosa de los escuetos datos históricos hemos de recordar que cuando llega Anchieta a Coimbra apenas acaban de pasar 50 años del Descubrimiento. Colón había querido ir a la India y a las “Molucas” por el camino opuesto al de Vasco de Gama...

En 1493, el Papa Alejandro VI (el “Secretario General de la ONU” de entonces) trazó un meridiano a cien leguas al Oeste de las Azores o de Cabo Verde para separar las posesiones de Portugal de las de Castilla. Según esa línea, las Canarias serían portuguesas; pero conservaron la soberanía castellana, reconocida ya en 1481 por el Tratado de Alcaçobas.

En cambio, Juan II de Portugal, mucho más “sagaz” que los Reyes Católicos, consiguió en Tordesillas (1494) que las 100 leguas al Oeste de las Azores se convirtiesen en 370... Aun así, el Brasil portugués, que su descubridor en 1500 creyó que sería una isla más del Atlántico, a la que llamó Santa Cruz, hubiera sido solamente una pequeña franja de tierra americana.

Y ¿cuándo se “abrazaron” en las Molucas los castellanos y los portugueses? En 1520, el portugués Fernando de Magallanes, al servicio del Rey de Castilla, Emperador Carlos (casado con Isabel de Portugal), cruzó por el extremo sur del Atlántico el estrecho que lleva su nombre y llegó a las islas Filipinas, donde murió.

El vasco Juan Sebastián Elcano prosiguió la empresa y llegó a las Molucas el 8 de noviembre de 1521. El “abrazo” entre castellanos y portugueses no fue muy cordial, como a veces ocurre entre “hermanos”. La “redondez” de la Tierra, no obstante, quedaba plenamente demostrada. Juan Elcano arribó, por fin, a Sanlúcar de Barrameda en la nao Victoria el 7 de septiembre de 1522.

Conviene finalmente recordar bien una fecha redonda: el año “1500”... Cuando uno visita la Capilla Real de Granada, encuentra en la cripta cinco féretros, uno de ellos muy pequeñito. Los normales son de los Reyes Católicos y de sus hijos Juana de Castilla y Felipe I de Austria, que no llegó a gobernar, pues murió antes que sus padres...

Y ¿de quién es el féretro pequeñito? Del Infante Miguel, PRIMER NIETO de Isabel la Católica. Fruto del matrimonio de su primera hija, también Isabel, con Manuel I de Portugal, MIGUEL fue reconocido **heredero** por las Cortes de Portugal, Castilla y

Aragón. Hubiera sido el PRIMER REY de las Españas, pero murió, a los dos años de edad, ese año de 1500.

Ahora bien, en ese mismo año 1500, nació en Gante Carlos I de España, el Emperador, nieto también de Isabel y Fernando, y cuyo hijo, Felipe II, en 1580, uniría, en su frente, las coronas de Castilla y Portugal, siendo, de hecho y de derecho, el PRIMER REY de las Españas. Aquel año jubilar de 1500 fue también descubierto el Brasil. Y 80 años después, cuando Felipe II llegó a ser “su Rey de verdad”, nuestro “portentoso” Padre José de Anchieta era Superior Provincial de todo el ya inmenso territorio del Brasil.

Empecé esta digresión con unos versos de Pemán y voy a cerrarla con otros de Anchieta. Pertenecen al “Auto de San Mauricio” estrenado el 22 de septiembre de 1595 en la Villa de Vitoria, capital del Estado (entonces Capitanía) de Espíritu Santo. La pieza teatral es bilingüe (portugués y castellano. En otros Autos usaba también Anchieta el tupí-guaraní. La protagonista es la “Villa de Vitoria”, que empieza a hablar en castellano. El “Buen Gobierno”, que conversa en portugués, se extraña de este detalle, y le pregunta el por qué. Ella le responde:

*Porque quiero dar su gloria
a FELIPE, mi señor,
el cual siempre es vencedor,
y por él habré VICTORIA*

de todo perseguidor.

*Yo soy suya, sin porfía,
y él es mi rey de verdad,
a quien la Suma Bondad
quiere dar la monarquía
de toda la cristiandad.*

Volviendo a la Coimbra anchietana (1548-1553), vemos a José “fuerte y sano”. Casi nada sabemos de sus tres años de Universidad. “El Canario de Coimbra”, le decían, con cariño, sus compañeros. Así pues, además de sobresalir en el estudio, como lo prueba su Obra Literaria posterior, verdaderamente “portentosa”, Anchieta debió de tener una voz excelente, como su letra, y una alta inspiración musical, heredada sin duda de su abuelo Juan de Anchieta, el Chantre de la Reina Isabel. Era pues, también, el estudiante José un verdadero “cantautor”.

La Universidad de Coimbra estaba por entonces en todo su esplendor académico. Aunque con ciertas influencias luteranas y calvinistas. La fe del adolescente canario no se conmovió. Pero sus costumbres quizás se tornaran algún tanto alegres y mundanas. Es lo que parece deducirse de su Poema a la Virgen de 1563:

*Aunque la verdadera fe, por la gracia de Dios,
siempre brilló en mí, con su claro esplendor,*

*estuvo sin embargo como muerta mucho tiempo, sin
obras buenas y casi sepultada por mis pecados...*
(traducción castellana de los vv. 3515-8).

En su tercer año de Universidad pasa Anchieta por una crisis espiritual que resuelve consagrandose, con voto, a la Virgen su castidad en la Sé (catedral antigua) de Coimbra. Lo hizo, con toda probabilidad, el 21 de noviembre de 1550. ¿Qué fue lo que le movió? Sin duda alguna, la conducta ejemplar de los nuevos estudiantes de la Compañía de Jesús, hacia los que guardó siempre un extraordinario afecto.

El contraste era verdaderamente escandaloso. Frente al lujo, la pobreza voluntaria. Y el apostolado con los niños y los pobres... ¡Y las Misiones de la India y el Brasil como un horizonte generoso para la propagación del Evangelio!

El 1 de mayo de 1551 José de Anchieta Llarena ingresa en el Noviciado de los jesuitas, y su hermano Pedro Núñez de Villavicencio Llarena vuelve a Tenerife para ordenarse de sacerdote.

De los dos años de noviciado de José apenas nos quedan “referencias”... Que ayudaba, cuando lo nombraron sacristán, hasta diez misas diarias de rodillas... Que un día le cayó una escalera de mano sobre las espaldas y

lo dejó corcovado...

El hecho es que en el Noviciado cogió una enfermedad extraña y dolorosa, que le duró 44 años. “Enfermo con enorme capacidad de resistencia”, lo definía más arriba el Padre Kolvenbach. Y la ciencia médica actual, basada en una gran abundancia de datos históricos, declara que aquel muchacho “fuerte y sano” que llegó a Coimbra desde Tenerife en 1548, salió para el Brasil con una tuberculosis pulmonar que había pasado a los huesos originando la tuberculosis osteo-articular o mal de Pott, que deformó para siempre su anterior prestancia física.

En el capítulo 12 de la segunda carta a los Corintios refiere ampliamente San Pablo sus experiencias místicas y el contrapeso de su debilidad corporal. Creo que eso mismo le ocurrió al Beato Anchieta en Coimbra. Lo dijo bellamente nuestro poeta lagunero Manuel Verdugo:

*Aquel varón humilde llamado José Anchieta
tuvo en su cuerpo endeble un alma de titán...*

El gran milagro del Apóstol del Brasil fue su vida. Era humanamente imposible que sobreviviera nada menos que 44 años a su doble tuberculosis. Desplegando una fecundísima actividad “a pesar de la carencia absoluta de recursos”, como recuerda también el Padre Kolvenbach.

Antes de pasar al Brasil, tengamos en cuenta que la Compañía de Jesús fue aprobada como nueva Orden Religiosa en 1540. Al año siguiente Juan III de Portugal conseguía del Fundador dos misioneros para la India: el navarro Francisco Javier y el portugués Simón Rodríguez. Mientras preparaban el viaje, aquellos dos hombres “reformaron” la corte de Lisboa.

He usado el término con toda intención. La Iglesia necesitaba REFORMA. Pero no la falsa de Lutero o Calvino. Y menos la de Enrique VIII, que la sometió del todo al poder político. La verdadera REFORMA (iniciada en España por Isabel la Católica) fue la de Trento, “contestada” por los que no la conocen. Y aceptada con entusiasmo por Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, por Pedro de Alcántara y Juan de Ávila. Por toda la maravillosa constelación de los santos y misioneros cristianos del siglo XVI.

Y ningún historiador serio puede dudar de la misión providencial que desempeñó la naciente Compañía de Jesús en aquella verdadera REFORMA. Los dos teólogos del Papa en el Concilio, Laínez y Salmerón, fueron compañeros de Ignacio de Loyola en París. También fueron jesuitas Simón Rodríguez y Francisco Javier.

El “Divino Impaciente” llegó a la India después de costear toda África hasta su extremo nororiental, la isla de Socotora, donde los nativos le pidieron que se quedara.

No pudo ser porque iba a la India como Nuncio del Papa. Javier, después de llegar hasta el Japón en misiones inverosímiles, se disponía a entrar en la China y atravesarla a pie para llegar a París y reclutar los misioneros que el mundo necesitaba. La muerte le sorprendió, a los diez años de su fecunda labor, el 3 de diciembre de 1552.

El Padre Simón Rodríguez fundó la primera Provincia de la Compañía de Jesús, la de Portugal, a donde llegaban las cartas de Javier, que difundían por toda Europa el fervor misionero.

La Misión del Brasil empezó en 1549 con el envío de los primeros jesuitas que acompañaban al primer Gobernador General (el equivalente de los virreyes castellanos) Tomé de Sousa. El primer Superior de la Misión fue el Padre Manuel de Nóbrega, que poco después fue nombrado Viceprovincial dependiente de Portugal.

A la llegada de Anchieta con la tercera expedición misionera en 1553, el Brasil pasó a ser una nueva Provincia independiente, gobernada también por el Padre Nóbrega, bajo la jurisdicción directa del Padre Ignacio, primer General de la Compañía de Jesús hasta su muerte el 31 de julio de 1556.

Para que nos formemos alguna idea de la “rapidez” de las comunicaciones en el siglo XVI, diré que al salir Anchieta de Coimbra, aún no había llegado la noticia de la muerte de San Francisco Javier, ocurrida año y medio antes. Y tampoco supo “oficialmente” que su padre había muerto durante su viaje a Bahía, hasta un año después. He dicho ¡oficialmente! porque pienso que tuvo algún otro género de comunicación...

BRASIL

Desde que José de Anchieta llega al Brasil con 19 años de edad (el misionero más joven del Nuevo Mundo) a 13 de julio de 1553, las fuentes documentales son tan abundantes y todas de tan gran interés, que lo difícil es seleccionarlas.

Tengamos en cuenta, sin embargo, algo que se olvida muy fácilmente. Y que recordaremos alguna vez más. Casi la mitad de los barcos hispanos que cruzaban el Atlántico en los siglos XVI y XVII o naufragaban o eran atacados por piratas ingleses, holandeses y franceses. Con frecuencia estos piratas llevaban “patente de corso” de sus gobiernos... Las mercancías valiosas pasaban a manos extranjeras y los documentos iban al fondo del mar. A veces eran también arrojados al mar los misioneros como en el caso de los mártires de Tazacorte.

BAHÍA DEL SALVADOR

La ciudad del Salvador, en la Bahía de Todos los Santos, fue fundada en 1549 por el primer Gobernador de la Colonia, Tomé de Sousa. Con él llegaron los seis primeros jesuitas que habían de defender la libertad de los indios y proponerles amistosamente la Religión Cristiana. Nombrados directamente por San Ignacio, se trataba de los Padres Manuel de Nóbrega (Superior), Juan de Azpilcueta Navarro (primo de San Francisco Javier), Leonardo Nimes y Antonio Pires; y de los Hermanos Coadjutores Diego Jácome y Vicente Rodríguez.

Eran ya mayores y les costaba aprender la lengua de los indios. Tenían que servirse de intérpretes, a los que llamaban “linguas”. El único que logró poner algunas oraciones en tupí (o tupí-guaraní, como también se llamaba “la lengua más usada en la costa brasileña”) fue el Padre Azpilcueta, que murió en Bahía el 30 de abril de 1557.

En 1550 se organiza en Lisboa una segunda expedición al Brasil. La integraban los Padres Salvador Rodríguez, Manuel de Paiva, Alfonso Bras y Francisco Pires. Pero en vez de Hermanos Coadjutores,

fueron enviados unos singulares “catequistas”. El sacerdote catalán Pedro Doménech había fundado en la metrópoli portuguesa un Colegio de Niños Huérfanos. Siete de entre ellos aceptaron gustosos la atrevida empresa de cruzar el Atlántico. Fueron excelentes catequistas de niños con la ventaja de que aprendían con más facilidad el tupí y estaban muy bien dotados para el canto que tanto agradaba a los indios. Algunos de esos huérfanos se hicieron jesuitas, después de haber pasado por las clases de Latín del Hermano Anchieta.

El 22 de junio de 1552 llegó a Bahía el primer Obispo del Brasil, Don Pedro Fernández Sardinha, que había sido Vicario General en Goa. Fue muy bien recibido por todos, en especial por el Padre Nóbrega, que lo hospedó en el Colegio de la Compañía. Pero no supo adaptarse a la nueva situación, creando dificultades al segundo Gobernador General, Duarte da Costa, y a la labor de los misioneros.

Llamado a la Corte por Don Juan III naufragó en la hoz del río Cururuípe. El barco encailló en la playa, y casi todos los portugueses, incluido el Obispo, fueron muertos y comidos por los indios Caetés. Ocurrió el desastre el 16 de junio de 1556. Anchieta lo describe en su Poema Épico latino “DE GESTIS MENDI DE SAA” (compuesto en 1561), cubriendo la muerte del Prelado bajo el piadoso manto de un resignado martirio.

Con José de Anchieta llegaron a Bahía los Padres Luis de Gra, que sería el segundo Provincial del Brasil, Brás Lorenzo y Ambrosio Pires; y los estudiantes Gregorio Serrano, Antonio Blásquez y Juan Gonçálves. José era el más joven de todos y el más enfermo, como ya sabemos.

El mismo año 1553 en que llegó Anchieta, moría el Padre Salvador Rodríguez, de la segunda expedición. Al año siguiente embarcó para Portugal el Padre Leonardo Nunes, de la primera, a quien los indios llamaban “el Padre volador”, por su intensa actividad. Iba cargado de documentos, y llevaba la misión de informar en Roma a San Ignacio de las grandes posibilidades misioneras del Brasil... Naufragó y se perdió todo.

Para terminar este cuadro, hay que recordar que empiezan a surgir vocaciones en el mismo Brasil.

Pedro Correa estaba allí antes de que llegaran los jesuitas. Conocía el tupí a la perfección. Era un colono que sólo pensaba en sus negocios y llegó a enriquecerse a costa de los indios. Movidó por la santidad del Padre Nóbrega, lo dejó todo y fue admitido como Hermano Coadjutor. Estudió latín con el Hermano Anchieta para ordenarse sacerdote, si llegaban las dispensas de Roma. En las Navidades de 1554, junto con el H. Juan de Sousa, fue asaeteado por los indios Carijós. Fueron los primeros mártires jesuitas de América. Su martirio lo describe Anchieta en una de sus cartas a Roma.

Antonio Rodríguez era un soldado portugués que estuvo presente en la primera fundación de Buenos Aires y Asunción por los castellanos. Atravesó solo el entonces gran Paraguay y llegó a San Vicente, donde el Padre Nóbrega lo recibió para Hermano Coadjutor y le rogó escribiese su historia. Así lo hizo en una impresionante carta que fue leída en toda Europa y que ocupa 13 paginas en MB (Monumenta Brasiliae, 1, pp.469-81). Recibió clases de Latín del Hermano Anchieta y fue ordenado sacerdote.

Entre otros más que se hicieron jesuitas en el Brasil por estos primeros años, voy a citar también a Gonzalo de Oliveira (1535-1620). Nacido en Portugal, vino de niño al Brasil con sus padres. Estudió latín con Anchieta y se ordenó sacerdote antes que su maestro. En 1580 dejó la Compañía por asuntos familiares. Readmitido en 1586, sale por segunda vez en 1590. El Padre Anchieta le dirige

entonces una carta sobre el sacerdocio, toda en latín, a base de textos de la Biblia. Recibido por tercera vez en la Orden en 1609, doce años después de la muerte del Apóstol del Brasil, murió jesuita en 1620, dejando un hermoso ejemplo de humildad y paciencia. Fue uno de los principales testigos en el Proceso Diocesano de beatificación de aquel querido maestro suyo que le había profetizado que moriría en la Compañía de Jesús. Saldrá más de una vez en nuestra historia.

Empieza la “portentosa vida” del Apóstol del Brasil. Ante todo, ¿qué ha pasado con su doble tuberculosis?...

“ENFERMO CON ENORME CAPACIDAD DE RESISTENCIA”, lo definía el Padre Kolvenbach.

En efecto, José de Anchieta estuvo siempre enfermo. Con cierta frecuencia le subía la fiebre y tenía que guardar cama. En más de una ocasión temieron por su vida. Pero su “enorme capacidad de resistencia” o, mejor, su “fe siempre creciente” permitió que, “a pesar de la carencia absoluta de recursos”, desarrollara una impresionante actividad.

Al llegar a Bahía tiene la intuición de la apremiante necesidad de una Gramática tupí-guarani, la lengua común de la costa brasileña, con su Vocabulario correspondiente. “Sí. Esa es tu empresa”, le dice el Provincial. Anchieta recopila las oraciones del Padre Juan de Azpilcueta y asiste puntual a las catequesis que dan a los niños los Huérfanos de Lisboa. Su “felicísima memoria” y su oído finísimo y su talento para la Lingüística, que reconocerá la Escuela de Leipzig del siglo XIX reeditando y comentando su Gramática, le permiten redactar en pocas Semanas el primer esbozo de ese libro importantísimo.

Con él se convierte en “misionero de misioneros”. Todos los que van viniendo del Reino aprenden el “tupí-guarani” por el Método Anchieta. Gracias a esa “inculturación”, se hace posible el “aldeamiento” brasileño y la futura “reducción” paraguaya. Pues será el Padre Anchieta en 1586, Provincial entonces del Brasil, el que envíe al Paraguay en tiempos de Felipe II, con su Gramática, Vocabulario y Catecismos, a los primeros misioneros que formarán el núcleo original de las famosas “Reducciones del Paraguay”.

Arnold J. Toynbee las definió como la “forma más justa” de comunidad que ha existido en la Historia. Hoy nos son más conocidas, gracias a la película “LA MISIÓN”, que describe su triste y dramático final en las postrimerías del siglo XVIII. Y, más aún, por los restos notables de sus iglesias barrocas tan visitadas y admiradas por los turistas. Sin embargo casi nadie sabe que las “Reducciones” son copia exacta de los “Aldeamientos” brasileños, pues se trataba de “reducir” a “aldeas” a los indios seminómadas, para hacer así posible su evangelización. El sistema, ideado por Nóbrega y Anchieta, fue realizado gracias a la prudente y firme colaboración de Mem de Sá, tercer Gobernador General del Brasil.

DOCE AÑOS DE ESTUDIANTE-PROFESOR

El primer destino del “estudiante” Anchieta fue el de “profesor”. En Bahía estaba la residencia del Gobernador, del Obispo y del Superior de los jesuitas. Pero en el Sur, en San Vicente, en concreto, era donde se concentraba el mayor número de misioneros y donde la evangelización había avanzado más. Contaba con un Colegio, adonde acudían los niños de indios y colonos. Allí afloraron también las primeras vocaciones.

El único que, por entonces, podía dar clases de latín a los futuros sacerdotes era Anchieta. También enseñaría catecismo a los niños y desempeñaría diversas actividades más. El viaje, por mar, de Bahía a San Vicente fue accidentado. Anchieta lo describe en varias cartas, de las que se conserva una sola.

Es hora ya de mencionar las CARTAS de Anchieta. Están publicadas en portugués en el volumen sexto de sus Obras Completas (Sao Paulo, 1984). Algo iremos traduciendo de esas 500 páginas para asomarnos, aunque sea de lejos, a su alma. Escojo la sexta carta, por orden cronológico, de las que, afortunadamente, se conservan. Anchieta acaba de cumplir 21 años y lleva más de dos en San Vicente. Bueno, entre San Vicente y Sao Paulo, es decir, entre la costa y la sierra. Algo así como entre Santa Cruz y La Laguna, aunque a diez o doce leguas de ásperos caminos...

Habría que hacer una Introducción previa al epistolario de Anchieta. Los límites de este libro lo impiden. Anotaré solamente que las “cuatrimestres” son las cartas que cada cuatro meses se escribían “oficialmente” a Roma desde las distintas casas de la Compañía. Algún tiempo después se convirtieron en “anuales” (cada año). Se escribían en latín y, si ofrecían especial interés, se traducían a las distintas lenguas de Europa, e incluso se publicaban.

CARTA DEL HERMANO JOSÉ DE ANCHIETA A LOS HERMANOS ENFERMOS DE COIMBRA

+ *Jesús María*

La gracia de Nuestro Señor os consuele, queridísimos hermanos enfermos, y os dé obras conforme al nombre que tenéis. Amén.

Ya os escribí otras, y principalmente por el Padre Leonardo Nunes, después de cuya partida llegaron las vuestras, que nos dieron gran consolación. Las noticias de aquí se contarán ampliamente en las “cuatrimestres”

En ésta no quería escribiros otras noticias, sino una que temo que sea para nosotros muy nueva y poco sabida, es decir, que os acordéis, queridísimos, de que “virtus in infirmitate perficitur”

Esta noticia fue siempre nueva para mí el tiempo que ahí estuve, y temo que también lo sea para vosotros, por lo que experimenté allí, a no ser que por ventura “recesserunt iam vetera et nova sunt omnia” lo cual yo creo más, porque sin duda ya es tiempo.

*Mucho tenéis, queridísimos enfermos, que agradecer a Nuestro Señor por haceros partícipes de sus enfermedades, en las cuales, pues **Él** mostró más el amor que nos tenía, razón es que le paguemos al*

menos un poquito, teniendo gran paciencia en las enfermedades y perfeccionando en ellas la virtud.

La muy larga conversación que tuve con esas enfermería hace, queridísimos, que no pueda olvidarme de mis antiguos coenfermos, deseando veros curar con otras medicinas más fuertes que las que ahí tenéis.

Porque, sin duda alguna según lo que aquí tengo visto y experimentado en mí, conozco cuán engañado vivía, en cuanto usé de esas tan exquisitas medicinas, las cuales tengo para mí que sirven más para aumentar la dolencia y el mimo, que para sanar o dar un poco de paciencia.

Gran dolor tengo de ver cuánta verdad es esto en algunos que vosotros, queridísimos, y yo vimos que acaso, por ser la mayor parte de su enfermedad mimo, no se contentaron con los muchos que les hacían en las enfermería, sino que aun los quisieron ir a buscar fuera, donde “putruerunt in deliciis suis”.

Queridísimos, os pido que me perdonéis que os escriba con tanta soberbia, porque me engaña quizás el amor que os tengo, y querría veros libres de dolencias imaginarias más que verdaderas. Eso os digo de mí, que cuando ahí estaba, me quejaba antes de que apuntase la dolencia.

Bastaba solamente parecer que había señal de dolencia para nunca dejar de molestar a enfermeros y médicos, que ya no sabían qué inventarse, porque no podían ellos encontrar tantas medicinas que no brotasen más raíces de dolencias, las cuales allí parecían irremediables a no ser con la muerte, y aquí no hago cuenta de cosas tal vez más grandes de las que allí me hacían ser mimoso.

En otras cartas os escribí ya de mi buena disposición, que aumenta cada día desde entonces, de manera que ninguna diferencia hay de mí a un sano, aunque algunas veces no dejan de presentarse algunas reliquias de las dolencias pasadas. Sin embargo no hago más cuenta de ellas, como si no existiesen “iii rerum natura”.

Hasta ahora estuve siempre en Piratininga (Sao Paulo), que es la primera aldea de indios, que está por el sertón a diez leguas del mar, como en otra os escribí, en la cual sané, porque la tierra es muy buena, y sin embargo no tenía jarabes ni purgantes, ni los mimos de la enfermería.

Muchas veces y casi lo más frecuente, nuestra comida era hojas de mostaza cocidas y otras legumbres de la tierra y otros manjares que ahí no podéis imaginar.

Junto con enseñar gramática en tres clases diferentes desde la mañana hasta la noche. Y a veces, estando dormido, me venían a despertar para preguntarme, con todo lo cual parece que sanaba.

Y así es, porque desde que me hice cuenta que no estaba enfermo, luego comencé a estar sano, y podréis ver mi disposición por las cartas que allá escribo, las cuales parecía imposible poder yo escribir estando ahí. Y más que en toda la cuaresma comía carne, como vosotros sabéis, y ahora la ayuno toda.

Lo mismo os digo del Hermano Gregorio, el cual aunque no está tan fuerte como yo, por ser de más flaca complexión, sin embargo no me quiere dar ventaja y tiene para sí que está tan bien dispuesto como yo.

Al menos os sé decir que, para un negocio de importancia, en que fue necesario ir de aquí a Piratininga aprisa, que es camino muy áspero y creo que el peor que hay en mucha parte del mundo, de atolladeros, cuestras y matorrales, lo escogieron a él como más valiente, habiendo otros sanos en casa.

Y así fue, durmiendo de noche con la camisa empapada en agua y sin fuego, entre matorrales. “Et vivit et vivimus, fratres”, teniendo lástima de veros gastar tanto tiempo en medicinas, “quae ad modicum, imo ad nihilum valent”.

En este tiempo en que estuve en Piratininga, que fue más de un año, serví de sangrador algún tiempo, es decir, médico de aquellos indios, y esto fue supliendo al Hermano Gregorio, el cual por encargo del Padre Nóbrega, sangró algunos indios, sin nunca haberlo hecho sino entonces, y vivieron algunos de los que no se tenía esperanza, porque otros muchos habían muerto de aquellas enfermedades.

Partiéndose el Hermano Gregorio de allí quedé yo en su lugar, que fue lo más del tiempo, y sangré a muchos dos o tres veces y recobraron la salud y juntamente servía en colocar emplastos, levantar espinelas y otros oficios de enfermero, necesarios para aquellos indios, fuertes como caballos.

Ahora estoy aquí en San Vicente, que es en el puerto, para donde vine con el Padre Nóbrega para despachar estas cartas que van para allá (las “cuatrimestres” en latín). Además de esto, aprendí aquí un oficio, que me enseñó la necesidad, que es hacer alpargatas, y soy ya buen maestro; y tengo hecho muchas para los Hermanos, porque no se puede caminar aquí por los matorrales con zapatos de cuero. Todo esto es poco para lo que el Señor os mostrará, queridísimos, cuando acá vengáis.

En cuanto a la lengua (tupí-guarani) estoy en ella algún tanto adelantado, aunque es muy poco para lo que sabría, si no me ocuparan en enseñar gramática. Aun así, tengo ya toda la materia de ella en reglas, y para mí tengo entendida casi toda su estructura. No la pongo en arte porque no hay a quien aproveche. Solamente yo me aprovecho de ella, y también se aprovecharán los que de ahí vinieren que sepan gramática.

Finalmente, queridísimos, os sé decir que si el Padre Maestro Mirón quisiera mandar aquí a todos los que estáis pachuchos y medio enfermos medio sanos, la tierra es muy buena, los aires muy saludables, las medicinas son trabajos, y tanto mejores cuanto más conformes a Cristo.

También os digo, mis queridísimos, que no basta salir de Coimbra con cualesquier fervores, que se marchitan enseguida antes de pasar la línea, o se enfrían después con deseos de volver a Portugal. Es necesario, “fratres”, traer las alforjas llenas, que duren hasta acabar la jornada, porque sin duda los trabajos de aquí, que tiene la Compañía, son grandes y hace falta virtud en cada uno, que se pueda fiar de él la honra de la Compañía.

Porque acontece andar un Hermano entre los indios seis, siete meses sin confesión ni Misa, en medio de la maldad, donde conviene y es necesario ser santo para ser Hermano de la Compañía. Otras particularidades callo, que a cada uno acontecen, que no sé si os parecerán allá bien, aunque son de gran virtud. Acá las conoceréis si alguna vez viniereis.

No os digo más, sino que os preparéis con gran fortaleza interior y grandes deseos de padecer, de manera que aunque los trabajos sean muchos, os parezcan pocos. Y haceos de un gran corazón, porque no habéis de

andar meditando en rinconcitos, sino “in medio iniquitatis et super flumina Babylonis” y sin duda peor que Babilonia. Perdonadme, queridísimos, otra vez porque el amor que os tengo me mueve la mano con que esto os escribo.

“Rogo vos omnes ut semper oretis pro paupere fratre Ioseph” A mis queridísimos Padres Francisco Rodríguez, Miguel de Sousa, Antonio de Quadros, Dom Leao, Manuel Godinho, con todos los demás y ellos principalmente, y mi queridísimo Padre Antonio Correa, que fueron y son mis padres, ruego y pido se acuerden siempre de este pobre hijo que en Cristo engendraron y “nutrierunt”, a los cuales y a todos los demás, “maxime” a mi queridísimo Jorge Rijo y Marcos Pereira (“si modo vivit”) deseo escribir.

Aunque me parece que satisfago con las cartas generales, que van para toda la Compañía. “Opto vos, fratres carissimi, semper in Christo bene valere”.

A 20 de marzo de 1555, de San Vicente.

“Pauper et inutilis”.

José.

¿Qué se deduce de esta carta, de cuya veracidad no se puede dudar? Un montón de detalles portentosos, de los que vamos a subrayar algunos.

Anchieta es, en estos primeros años de la Misión del Brasil, el único “experto” en Latín. Por eso le encarga el Provincial la redacción de “las cartas generales, que van para toda la Compañía”: Cartas que han de ser redactadas en LATÍN y que, a veces, son verdaderos libros.

Regenta, él solo, las tres clases de Gramática Latina (Infima, Media y Suprema), teniendo que prepararlas de noche. Debemos recordar un hecho que suelen omitir los historiadores. Mientras que en la América del Pacífico (Méjico, Perú...) hay ya en el siglo XVI Imprentas y Universidades, en la Atlántica (Brasil) no van a implantarse estas Instituciones hasta el siglo XIX. ¡Anchieta tiene que escribir “a mano” los textos de sus alumnos!

“A mano” tiene que escribir también la primera Gramática Tupí-Guaraní, cuya primera redacción la hizo, como era lógico, en la lengua científica común, el latín. Al no ser asequible para la mayoría de sus usuarios, el Provincial le pidió que la tradujera al portugués. Y así lo hizo. Es la edición que se conserva, donde queda de recuerdo alguna que otra expresión sencilla latina, como ocurre también en la carta a Coimbra.

Ha ejercido también de “cirujano”, sangrando con éxito a no pocos enfermos. Más adelante demostrará un conocimiento muy amplio y profundo de las plantas medicinales. En el Brasil se han escrito no pocos artículos y aun libros sobre “Anchieta y la Medicina”.

Para no alargarme más, vemos que es un “maestro” en hacer “alpargatas” para los Hermanos, oficio este que, con diversas otras profesiones, enseñará a los indios. Es por este tiempo cuando diseña, como inspirado “ingeniero”, el camino de San Vicente a Sao Paulo, es decir, las diez o doce leguas (unos 60 kilómetros) que separan la costa del “sertón”. Hoy es una gran autopista llamada “Vía Anchieta”...

UNA DÉCADA PRODIGIOSA

Desde las Navidades de 1553 hasta la Cuaresma de 1565 estuvo José de Anchieta en la Capitanía de San Vicente, hoy Estado de Sao Paulo. Al revés que en Tenerife, la capital pasó de la costa al interior. Una de las razones principales fue el asedio de los piratas ingleses. ¡Qué casualidad! En 1997, 4º centenario de la muerte de Anchieta, recordamos también el 2º del ataque fallido de Nelson a Santa Cruz de Tenerife.

Estos diez años largos del primer destino del Apóstol del Brasil darían para un grueso tomo de su portentosa biografía. Nos contentaremos con algunas pinceladas y reflexiones casi al azar. Anchieta llega al Sur con 19 años y sale para el Norte con 31. Sus compañeros se ordenan de sacerdote con 23 o 24 años. ÉL con 32 cumplidos. ¿Le inquietó este retraso?

En ningún momento. La “VERA FIDES”, la “verdadera fe”, que había crecido con él desde La Laguna, había llegado ya a su madurez. Sería sacerdote cuando Dios lo dispusiera. A él le tocaba esperar. Más adelante, siendo Provincial, conversaba en Río de Janeiro con otros Padres y Hermanos, tratándose de la conformidad que todo jesuita debe tener con su oficio o grado para conservar la paz interior. José confesó con la mayor ingenuidad:

Siendo hermano, nunca me vino a la imaginación que podía ser sacerdote. Y cuando menos me lo esperaba, me vi con las órdenes. Siendo sacerdote, jamás me vino al pensamiento que podía ser profeso o superior... aquí me veis de ProvinciaL

De derecho, o sea, “jurídicamente”, Anchieta no podía ser profeso de cuatro votos en la Orden. Y menos Provincial, cargo reservado en la Compañía a los profesos. Los Estatutos exigían “grados académicos” para la Profesión Solemne. Y Anchieta ni siquiera siguió las clases normales de Teología. La estudió “por libre”, caso quizás único en la Orden. Pero la estudió a fondo. Porque en este año de 1997, la Facultad de Teología de Granada ha editado su volumen 31, “JOSÉ DE ANCHIETA, PRIMER MARIÓLOGO JESUITA”. Se trata del Poema a la Virgen, compuesto de memoria, durante su cautiverio de Iperuí, en esta primera década de su vida (invierno de 1563). Sin ser aún sacerdote, Anchieta demuestra en este Poema un conocimiento perfecto de la Escritura, la Tradición y la Liturgia.

El 25 de enero de 1554 es una fecha gloriosa para el Brasil. Nace en ese día su ciudad más poblada y activa. Pero los comienzos no pueden ser más humildes. Escribe Anchieta en la “cuatrimestre” de septiembre:

Algunos hermanos mandados para esta aldea en el año del Señor de 1554, llegaron a ella en el día 25 de enero, y celebramos la primera misa en una casa muy pobrecita y muy pequeña, en el día de la conversión de San Pablo apóstol, y por eso dedicamos al mismo esta nuestra casa...

Más adelante, añade:

Desde enero hasta el presente, estuvimos a veces, más de veinte en una casa pobrecita hecha de barro y palos, y cubierta de paja, con 14 pasos de ancho y 10 de largo..., que es al mismo tiempo escuela, enfermería, dormitorio, refectorio, cocina y despensa. Mas no tenemos nostalgia de las

casas amplias que habitan los Nuestros en otras partes. Realmente, en más estrecho lugar fue puesto Nuestro Señor Jesucristo, cuando se dignó nacer en un pobre pesebre entre dos brutos animales, y en otro estrechísimo, morir por nosotros en la cruz. Esta casa la construyeron los propios indios para nuestro uso, mas ahora nos preparamos para levantar otra un poco mayor, de la que nosotros mismos vamos a ser los constructores, con el sudor de nuestro rostro y la ayuda de los indios...

La Capitanía de San Vicente y, más en concreto, esta incipiente villa de Sao Paulo será el centro de irradiación misionera del “portentoso” Apóstol del Brasil. Su Gramática, sus Catecismos, sus Cantos y Poemas, sus Autos Sacramentales en portugués, castellano y tupí-guaraní, y sus dos grandes Poemas Latinos DE GESTIS MENDI DE SAA y DE BEATA VIRGINE DEI MATRE MARIA, fueron escritos en Sao Paulo de Piratininga, en esa verdadera década prodigiosa, en la que nuestro enfermo de tuberculosis pulmonar y ósteo-articular puso, casi él solo, los profundos cimientos cristianos del Brasil moderno.

Ya hemos dicho que la prestigiosa Escuela Lingüística de Leipzig reeditó y estudió, en el siglo XIX, la “portentosa” Gramática tupí-guaraní de Anchieta, sin que los tinerfeños nos enteráramos. El autor de esta humilde biografía publicó, bajo el título EL PRIMER POEMA ÉPICO DE AMÉRICA (Granada, 1992) el DE GESTIS MENDI DE SAA, con su correspondiente traducción al castellano. Y en el año jubilar de su muerte, el Poema DE BEATA VIRGINE DEI MATEE MARIA (Granada, 1997), también traducido, con el título de JOSÉ DE ANCHIETA PRIMER MARIÓLOGO JESUITA.

El Primer Congreso Internacional Anchietano, celebrado en la Universidad de La Laguna en los días 9-14 de junio de 1997, nos ha prometido una Gran Edición Crítica de las Obras Latinas del Padre Anchieta, en la que cuatro eminentes profesores del Departamento de Lenguas Clásicas llevan diez años trabajando. ¡Y pensar que ambos Poemas Latinos los escribió en menos de seis meses aquel ocupadísimo misionero! Esperemos también que revitalicen la Cátedra Anchieta fundada en 1955 por el Ministro de Educación, Joaquín Ruiz Giménez, y que restauren YA la CASA NATAL de Anchieta, convirtiéndola en el Santuario que reclaman miles de católicos tinerfeños y muchos millones de católicos brasileños.

PRIMEROS MÁRTIRES JESUITAS DE AMÉRICA

Volviendo al año 1554, y dejando otros temas por falta de espacio, tenemos que referimos a uno que el Hermano Anchieta llevaba muy hondo en el corazón. En la Navidad de ese año los Hermanos Coadjutores Juan de Sousa y Pedro Correa merecieron ser los primeros jesuitas mártires de América. Escuchemos, como siempre, al primer historiador del Brasil:

Volviéronse los indios Cariyós contra nuestro Hermano Juan de Sousa, que andaba enfermo, y comenzaron a tirarle flechas. Éste, por su parte, cayó de rodillas, alabando al Señor, y de este modo lo mataron. Viendo nuestro Hermano Fedro Correa que así maltrataban a Juan, comenzó a razonar con los indios, no sabemos de qué asunto, mas creemos que se trataba de Nuestro Señor. La respuesta que le daban eran flechazos, y, al recibirlos, no cesó de clamar durante algún tiempo. Viendo que no podía soportar más, dejó caer el bordón que traía, y se arrodilló, encomendando su alma a Dios, y así lo acabaron de matar, lo desnudaron y lo dejaron en el camino...

Bienaventurados ellos que merecieron lavar sus estolas en la sangre del Cordero Inmaculado, dándole a ellos y al prójimo la vida, que mayor caridad no podían practicar... Procuraremos

recoger sus cuerpos o parte de ellos. No fue pequeña consolación esta que nos causó tan gloriosa muerte, porque semejante martirio queremos todos y continuamente lo pedimos al Señor. Y hasta creemos que quiere Jesucristo fundar aquí una gran Iglesia, habiendo puesto por cimiento estas dos piedras. Quisiera la divina Bondad que fuese yo la tercera, lo que hubiera sucedido, si no lo hubieran impedido mis muchos pecados, porque casi me quiso mandar con ellos nuestro Padre (Nóbrega,) aunque no se resolviese...

¡Concisa narración! ¡Impresionante comentario personal!

Docenas y quizás cientos de veces aparece en los escritos del Apóstol del Brasil este deseo del martirio, que en más de una ocasión estuvo a punto de alcanzar... Una cita valdrá por muchas. Tiene un valor especial por ser la Dedicatoria de su Poema Mariano:

*En tibi quae vovi, Mater Sanctissima, quondam
Carmina, cum saevo cingerer hoste latus.*

*Dum mea Tamuyas praesentia mitigat hostes,
Tractoque tranquillum pacis inermis opus.*

*Hic tua materno me gratia fovit amore,
Te corpus tutum mensque tegente fuit.*

*Saepius optavi, Domino inspirante, dolores,
Duraque cum saevo funere vincla pati;*

*At sunt passa tamen meritam mea vota repulsam:
Scilicet heroas gloria tanta decet.*

(Aquí tienes, Madre Santísima, los versos que te prometí en otro tiempo, rodeado de enemigos feroces.

Cuando mi presencia amansaba a los fuertes Tamoyos, y negociaba, inerme, las paces.

Tu gracia me animó con cariño materno, protegiendo mi cuerpo y mi alma.

Muchas veces deseé, movido por Dios, padecer tormentos y dura cárcel con muerte cruenta.

Pero mis ansias sufrieron merecida repulsa. Gloria tan grande está reservada a los héroes.) [vv. 5777-86]

Quisiera llamar la atención del lector sobre la fecha de este martirio. El Padre Julián Escribano Garrido, tan conocido y querido en Tenerife, en su tesis doctoral “LOS JESUITAS Y CANARIAS. 1566-1787” (Granada, 1987), cita al Padre Pedro Martínez, que pasó en 1566 por Canarias, camino de la Florida, como el primer mártir jesuita de América. Así lo afirman otros historiadores habitualmente. No es cierto. El martirio que describe Anchieta ocurrió 12 años antes, en 1554.

Aunque lo importante es esa devoción del Beato José de Anchieta en recoger sus restos, como “cimienta” de la Iglesia Brasileña. Más adelante veremos su veneración a los Mártires de Tzacorte, que dieron la vida junto a sus Islas Canarias, camino del Brasil. ¡Qué lección para los católicos españoles, que hemos olvidado a los que Pío XI y Pío XII recordaron.., y ensalzaron como los mártires más gloriosos, en número y en padecimientos, de la Historia de la Iglesia! Cerca de un millar han sido beatificados (algunos también canonizados) por Juan Pablo II o Benedicto XVI, y seguimos olvidándolos...

EL TERCER GOBERNADOR GENERAL

En esta década, concretamente el 28 de diciembre de 1557, llega a Bahía Mem de Sá, como tercer Gobernador General de Brasil. Venía para un trienio, como los dos anteriores, que volvieron después a Lisboa, cumplido su mandato. La venida de Mem de Sá fue casi milagrosa, pues estuvieron a punto de naufragar. Es obligado presentar a este noble portugués, por su eficaz colaboración, durante 15 años, en la inmensa obra evangelizadora de los jesuitas.

Mem de Sá era hermano, por parte de padre, del famoso poeta Francisco Sá de Miranda, el que introdujo en Portugal los metros italianos, como Boscán y Garcilaso en Castilla, Hombre de Letras y de Leyes, ocupaba un alto cargo en la corte de Don Juan III. Su rectitud quizás estorbara un poco, y fue enviado al Brasil. Era viudo, peinaba canas y tenía dos hijos y dos hijas. A una de ellas, soltera, la dejó, como huésped, en el convento de las Dominicas de Lisboa. Al hijo mayor, Fernando, lo llevó consigo para no sentirse solo del todo.

No es posible hacer una semblanza completa del personaje, protagonista del Poema anchietano DE GESTIS MENDI DE SAA. Este Poema, escrito en 1561, al final del primer mandato de Mem de Sá, fue publicado el año 1563 en Coimbra por Francisco de Sá, hijo menor del Gobernador.

¿Cómo pudo escribir los 3.000 hexámetros latinos de este Poema el ocupadísimo Maestro y Catequista canario, y por qué lo escribió?

El “cómo” no lo sé. Un “portento” más de su inteligencia, de su inspiración o del poder de Dios. El “por qué” sí lo sé. Fue un encargo del Padre Nóbrega, su Superior. Terminado su trienio, Mem de Sá quería volver a Lisboa. El Brasil no le había ocasionado más que gastos y disgustos. El mayor de todos, la muerte, en heroica acción militar, de su hijo Fernando. Es impresionante la descripción latina de este suceso en el Poema anchietano. Volvería al Reino, ¡caso insólito!, más pobre de lo que vino. Pero podría rehacer su casa y cuidar de su hija menor, aún doncella

Con este motivo, escribió un Memorial al Rey, y pidió al Provincial un testimonio de su lealtad en el cargo. Anchieta fue el encargado de redactarlo en latín, como era de rigor. Y salió, ¡oh “portento”!, EL PRIMER POEMA ÉPICO DE AMÉRICA...

Serafim Leite, historiador tan eminente como parcial, negó a Anchieta la autoría de este Poema. Una de sus “razones” es que no lo terminara, habiéndole sobrevivido 25 años al Gobernador. ¡Supina ignorancia y desconocimiento absoluto de las personas! Ni el Memorial ni el Poema fueron atendidos en la corte de Lisboa. En el Brasil se quedó Mem de Sá durante cinco mandatos más, hasta su santa muerte el 2 de marzo de 1572. Fue enterrado en la Iglesia de los jesuitas de Bahía, fundada por él.

¿Por qué Anchieta cantó solamente el primer trienio, y no los cinco, del tercer Gobernador General del Brasil? ¿Por qué, en vez de 3.000 hexámetros, no tenemos 15.000? La respuesta es muy simple. Ni Anchieta estaba dispuesto, a no ser por orden de su Superior, a cantar las glorias humanas de un Jefe, aun siendo tan justo y tan cristiano como Mem de Sá, ni el mismo Gobernador lo hubiera consentido. A Mem de Sá, viudo, no le faltaron deseos de hacerse religioso. Podía haber sido el San Francisco de Borja portugués. Pero su misión providencial fue propiciar el ‘aldeamiento’ (o “reducción”) de los indios, y secundar noblemente la acción de Nóbrega y Anchieta.

Oponiéndose firmemente a los poderes “fácticos” de su tiempo, consiguió que los indios no guerreasen entre sí y se destruyesen, como propiciaban no pocos colonos para su propio provecho. Ésta y otras empresas suyas quedan bien reflejadas en el DE GESTIS MENDI DE SAA. Y la alta espiritualidad del Gobernador consta en estos dísticos de la Dedicatoria:

*Audi igitur quales verus sine fraude magister
Divino Iesus protulit ore sonos:*

*“Si vis perfectus caelum conscendere, vade,
Vende, et pauperibus porrige quidquid habes”*

(Escucha, pues, lo que dice con labios divinos
Jesús, el maestro veraz que no engaña:

“Si tú quieres subir santamente a los cielos,
ve, vende lo que tienes, y dalo a los pobres”.)
[DE GESTIS, vv. 71 -74]

Un último doloroso detalle, que no suelen referir los historiadores, pero que consta en el Memorial de Mem de Sá a Don Juan fil. Nuestro insigne escritor y predicador Fray Luis de Granada, siendo Provincial de los Dominicos de Portugal y Visitador de la Orden, mandó que salieran del convento de las Dominicas de Lisboa las doncellas allí residentes, entre las que se encontraba la hija menor del virtuosísimo Gobernador General, tan benemérito de la Misión del Brasil...

Aunque la finalidad Del Poema encomendado por el Padre Provincial al Hermano Anchieta, era cantar las glorias del Gobernador, no pierde la ocasión el Apóstol del Brasil para ensalzar la piedad de los indios que ha venido a catequizar. Por brevedad doy sólo la traducción castellana, en que he procurado reproducir el ritmo del hexámetro latino:

*En estas iglesias resuena de Dios la Palabra.
Aquí las basílicas huestes traídas por Mendo,
asimilan de Cristo las santas costumbres.
Cuando su velo azafrán cada aurora se viste,
es digno de ver acercarse a los templos sagrados
muchedumbre creyente de fieles devotos;
y cuando el sol se desliza del mar al abismo,
cada cual a su modo engrandece a Dios Padre.
Aquí ya retiñe de Cristo la fe; aquí aprende
la mujer y el varón de su Dios los preceptos,
y beben, sedientos, las aguas de sana doctrina
Aquí los niños pequeños que nunca empañaron
su vida con culpas. Aquí las doncellas sin mancha,
en coros alternos, entonan los himnos sagrados,
y proclaman, mansísimo Cristo, tu nombre.
(DE GESTIS, vv. 1236-50).*

En este cuadro, casi idílico, se refiere Anchieta a los cuatro “aldeamientos” o “reducciones” que gobiernan los mismos indios, bajo la dirección espiritual de los jesuitas, en los alrededores de la ciudad de Bahía. Pero no oculta el poeta el resto de la realidad con sus luces y sombras.

Describe también al indio en todo su régimen de vida. En sus viejas costumbres tribales: nomadismo, disolución, fiestas y orgías, antropofagia, hechicería; en sus relaciones con las tribus vecinas: guerras, armas, aderezos, canoas, nado y lucha en las aguas, elocuencia bélica...

En general, no les fue difícil a los indios a las órdenes de Mem de Sá, el Gobernador recto y justiciero, abandonar sus inmundas chabolas llenas de humo, para construir otras más limpias y saludables (vv. 1060-2). Antes, eran seminómadas; después de dos o tres años, se les caían sus pobres chozas, escaseaban los frutos y la caza, y, forzosamente, como las bestias, buscaban otros matos y levantaban otros tugurios (vv. 1032-35). Podríamos alargar las citas para demostrar el extenso conocimiento que en seis años había adquirido Anchieta del indígena americano y, sobre todo, el profundo cariño con que los llevaba en el corazón. Incluso las “aberraciones” más extrañas a su cultura occidental y a su fe cristiana las reseña con objetividad sin añadir ningún juicio de valor.

PRIMERA HISTORIA NATURAL Y SOCIAL DEL BRASIL

Las cartas de San Francisco Javier, desde la India y el Japón, habían conmovido a la Europa de los años 1543 a 1553. A partir de 1550 empezaron a llegar cartas similares desde el extremo opuesto del mundo. En Lisboa y en Roma se copiaban, junto a las cartas orientales de Javier, las occidentales del Padre Nóbrega y otros varios misioneros del Brasil.

Muy pronto se destacaron entre ellas las maravillosas cartas del Hermano José.

Poco antes de morir, pidió San Ignacio una relación amplia de “las cosas más notables” del Brasil. “Ésta es tu empresa”, volvió a decirle Nóbrega al incansable misionero canario. La primera redacción se perdió en el mar. El 31 de mayo de 1560, siendo ya General de la Compañía el P. Diego Laínez, escribió Anchieta, en latín, otra carta, que ocupa 34 páginas en Monumenta Brasiliae (MB, III, pp. 202-36) sobre la climatología, la fauna, la flora, los minerales y, sobre todo, la antropología del indio brasileño.

Es difícil seleccionar algunos párrafos de nuestra traducción castellana. Lo intentaremos:

Ante todo, como indiqué brevemente en una carta anterior, esta parte del Brasil, que se llama San Vicente, dista de la Equinoccial hacia el Sur, veintitrés grados y medio, medidos de Nordeste a Sudeste. No me resulta fácil explicar la aproximación o alejamiento del Sol, el curso de los astros, la inclinación de las sombras y las fases de la luna, porque nunca estudié estas materias. Mas no veo razón para que sea diferente de lo que ahí se observa...

Describiendo las tormentas tropicales, escribe:

No hace muchos días, estando en Piratininga, a la puesta del sol, empezó a enturbiarse el aire, se oscureció de pronto el cielo, y nos amenazó con continuos relámpagos y truenos. Entonces el viento, saliendo del Sur, envolvía poco a poco la tierra, hasta que, irrumpiendo el Nordeste, de donde suele siempre venir la tempestad, cobró tal fuerza que parecía que el Señor amenazaba destruirnos.

Sacudió las casas, arrebató los techos y arrasó el bosque. Arrancó de raíz árboles de gran altura, a otros los partió por medio o los destrozó, de tal manera que todos los caminos quedaron obstruidos, y ningún sendero permaneció abierto en la selva. Es impresionante cuántos estragos causó en árboles y casas en el espacio de media hora, pues no duró más, y si el Señor no hubiese abreviado ese tiempo, nada hubiese podido resistir tan gran violencia, sin que todo quedara totalmente destruido.

Atención a los párrafos siguientes:

Ahora bien, lo más admirable en todo esto es que los indios que estaban entregados entonces a sus embriagueces y danzas, ante tan inmensa confusión, no se turbaron lo más mínimo ni dejaron de bailar y beber, como si todo estuviese en absoluta calma...

Omito lo demás que no viene al caso, recordando solamente que la palabra MIENTES no se pronuncia aquí con insolencia. Pues los Brasileños, para explicar las cosas, no se andan con ambages ni eufemismos. Y así MIENTES... y otras palabras semejantes, se pronuncian sin injuria. Más aún, aquellas que designan los miembros íntimos de ambos sexos, concúbitos y cosas semejantes, las dicen claramente y sin ningún rodeo...

Después de la climatología, con su correspondiente toque antropológico, la fauna:

Hay un pez, al que nosotros llamamos BUEY MAPINO, y los Indios IGUARAGUA, muy abundante junto a Espíritu Santo y otras poblaciones hacia el Norte, donde el rigor del frío es poco o nulo y,

desde luego, menor que en San Vicente. Este pez es de enorme tamaño y se alimenta de hierbas. Así lo prueban las mismas plantas semidevoradas y adheridas a los escollos que riegan los estuarios. Supera al buey en su mole corporal, está cubierto con una piel dura que se parece en su color a la del elefante. Tiene junto al pecho como dos brazos con los que nada, y bajo ellos unas ubres con que alimenta a sus hijos. Su boca es en todo igual a la del buey.

Es sabrosísimo de comer, de forma que no puedes bien distinguir si debe apreciarse como carne o como pescado. De su grasa, que está pegada a la piel, sobre todo junto a la cola, sale un jugo, que justamente puede compararse a la manteca, y no sé si le aventaja, pues sirve para condimentar todos los alimentos en lugar del aceite. Todo su cuerpo está trabado con huesos sólidos y durísimos, que pueden hacer las veces del marfil...

Fácilmente podemos imaginar hoy que era “carne”, porque se trataba de un mamífero marino, al que, dos siglos después, llamada Linneo TRICHECUS MANATUS. Pero esta descripción del Apóstol del Brasil, tan precisa, fue la primera que llegó a Europa de esta especie y otras muchas desconocidas entonces en nuestro viejo mundo.

El “buey marino” le recordó al joven profesor su primer naufragio, en el archipiélago de los Abrolhos, yendo de Bahía a San Vicente. La descripción de la tempestad y su salvamento, que tenemos que omitir por brevedad, es digna de Virgilio. En el desierto estuario del Carabelas,

Permanecemos ocho días por causa de los vientos que soplaban contrarios, y quedando ya pocas provisiones para terminar el viaje, echaron la red al mar los tripulantes, y de una vez cogieron dos de aquellos bueyes marinos. Y a pesar de ser tan grandes, no se rompió la red, siendo así que uno de ellos bastara para romper y destrozarse muchas redes.

Está clara la alusión a la pesca milagrosa del Evangelio. Anchieta da por terminado el “portentoso” relato de su primera tempestad, y vuelve a la narración mediante esta original “transición” propia de los escritores clásicos:

Proveyéndonos de esta forma la divina largueza, seguimos el resto del viaje. Pero dicho esto de paso, vuelvo ahora al asunto principal. Y como empecé a hablar de los peces, seguiré con ese tema.

Es una lástima no poder continuar con la fauna marina y fluvial de este primer cronista del Atlántico caribeño. Voy a mencionar solamente una nueva observación de nuestro etnólogo Anchieta. Es a propósito del PIRAIQÉ o desove de los peces en los estuarios. Los indios, aprovechando la poca profundidad de las aguas, han cerrado la salida al mar abierto:

...encerrados y embriagados con el jugo de un leño que los indios llaman TIMBO, se capturan frecuentemente, sin ningún esfuerzo, más de doce mil peces grandes. Esto se hace con toda facilidad en muchos sitios, de manera que, a veces, después de coger en abundancia, dejan los demás abandonados en la playa. Son muy sanos en esta región los peces, y los pueden comer durante todo

el año sin peligro para la salud, incluso los enfermos.

Enumera a continuación nuestro misionero naturalista y antropólogo las distintas especies de reptiles y saurios que conoce, con la máxima precisión científica de su época.

No falta, a propósito de las nutrias, una nueva alusión al indio:

*...Hay muchas nutrias, que viven en los ríos. De sus pieles, cuyos pelos son finísimos, se hacen fajas. Hay otros animales de la misma especie, que los indios designan con **DISTINTOS NOMBRES**, pero tienen la misma utilidad. Hace poco, habiéndole clavado un indio una flecha a uno de ellos, al querer cogerlo saltando al río, acude la multitud de los otros que estaban bajo el agua, atacan al hombre y le muerden y le arañan, de forma que cogiendo con dificultad la nutria muerta, salió todo malherido, tardando bastantes días en curarse por completo. Son estos animales de color casi negro, algo mayores que los gatos, provistos de dientes y uñas agudísimas.*

He subrayado lo de **DISTINTOS NOMBRES**, porque es un hecho, que debía haber consignado al hablar de la Gramática, y que el Apóstol del Brasil repite en distintas ocasiones. Los tupíes **NO** tienen nombres genéricos para seres de la misma especie. Cada clase de abejas, por ejemplo, tiene un nombre propio, y no existe el colectivo “abejas”. Este sistema ofrece a esa lengua un abundante vocabulario de sustantivos concretos. En cambio, el tupí-guaraní no tiene términos para expresar los conceptos abstractos y espirituales. Nuestro santo lingüista lagunero, identificado con sus queridos indios, enriqueció su lenguaje con el inmenso tesoro de la Revelación Cristiana, haciendo del primitivo tupí-guaraní una lengua culta y moderna.

A propósito de las distintas clases de “cangrejos”, cuyo nombre genérico en latín es “cáncer”, trata de esa enfermedad, que entonces tenía un sentido muy distinto del actual. Era una afección de la piel, de la que dice el “médico” tinerfeño:

El cáncer (cuya curación es ahí tan difícil) lo curan los indios fácilmente. Y lo sanan de la forma siguiente: cogen un trozo de barro del que se hacen vasijas; lo calientan al fuego y tan caliente como puede aguantarlo la carne, lo aplican a las ramificaciones del cáncer, que mueren poco apoco. Repiten esto varias veces hasta que, muertas ya las ramificaciones y el núcleo, cae por sí solo.

Volviendo a las serpientes, cuya variedad es asombrosa y cuya peligrosidad muy notable, anota nuestro naturalista:

Sucede entre los indios que, si una vez mordidos por la serpiente, escapan con vida, mordidos de nuevo, no sólo no peligran su vida, sino sienten también mucho menos dolor. Más de una vez lo hemos experimentado.

Esta última frase es sintomática en Anchieta. Con la precisión del científico, distingue entre lo que ha visto y lo que ha oído decir, entre lo cierto y lo probable. Después de describir varias especies de serpientes venenosas, añade:

A estas serpientes y a casi todas las demás, los indios, cortándoles la cabeza, las tuestan al fuego y se las comen, como tampoco perdonan a los sapos, lagartos, ratones y demás animales semejantes.

Y su experiencia personal:

Todas estas (excepto las no venenosas, muy abundantes y variadas) son tan frecuentes que no se puede viajar sin gran peligro. Hemos visto perros, cerdos y otros animales que sólo sobrevivieron a la mordedura seis o siete horas. No rara vez hemos pasado por ese peligro los que, cumpliendo nuestro deber, hemos transitado de una aldea en otra, y con frecuencia nos hemos tropezado con ellas en el camino.

Un caso concreto e inolvidable:

En cierta ocasión, volviendo a Piratininga desde una aldea de portugueses, a donde me había enviado la obediencia con un Hermano para enseñar el catecismo, encontré junto al camino una culebra enroscada. Protegiéndome primero con la señal de la cruz, la golpeé con el bastón y la maté; poco después, empezaron a deslizarse por la tierra tres o cuatro crías, y cuando nos extrañábamos de dónde habían salido tan pronto las que antes no se veían, he aquí que empezaron a salir otras del vientre materno; y sacudiendo el cadáver, salieron las demás hasta once, todas vivas y perfectas, menos dos. Pero he oído de otra, a personas dignas de crédito, en cuyo vientre se encontraron más de cuarenta. Entre esta multitud tan grande y tan extendida, EL SEÑOR NOS CONSERVA INCÓLUMES, tanto más cuanto menos confiamos en antídoto o en poder humano alguno, sino sólo en el Señor Jesús, el único que puede hacer que, andando sobre serpientes, no nos hagan ningún daño...

Conociendo como conozco, después de más de quince años de estudio, la Vida y Obra del Padre Anchieta, debo hacer algunos comentarios a este trozo de su carta. En primer lugar, que no se escandalicen los modernos ecologistas. Aquella no era una especie “protegida”, sino muy peligrosa para el hombre. Aunque estoy seguro de que Anchieta no la hubiese matado de haber ido solo. Lo hizo en atención al Hermano, que estaría muertecito de miedo. Su fe en el “Señor Jesús”, que había crecido con él “desde su infancia en Tenerife”, había llegado a la madurez. Después de seis años en aquel mundo hostil (más aún por las personas que por los animales o el clima), Anchieta no ponía su confianza en “antídoto o en poder humano alguno”, sino en “el único que puede hacer que, andando sobre serpientes, no nos hagan ningún daño” (Cf Mc 16, 15-18).

Al final de aquella década prodigiosa en la Capitanía de San Vicente, el Hermano José se había “inculturado”, o mejor, “aculturado”, como se decía más propiamente hace 50 años, en aquel Nuevo Mundo. Se había compenetrado del todo con aquella tierra y con el hombre indígena que la habitaba desde siglos. Con la flora que conocía como el más experto botánico. Y con la fauna. Con la inocua y con la terriblemente venenosa. ¿No es un milagro que en 44 años de recorrer a pie y descalzo todo el litoral brasileño y gran parte del interior, no tuviera en su haber ningún accidente grave? El biógrafo que mejor conoció los documentos de la época, Simón de Vasconcelos, lo proclama Apóstol del Brasil, Taumaturgo del Nuevo Mundo y Segundo Adán. Esto último se refiere precisamente al dominio que tuvo José sobre toda clase de animales en aquel Segundo Paraíso de las Américas.

Describiendo “arañas” y “orugas” (recordemos que estos nombres “genéricos” no existían en el tupí-guaraní, sino los concretos de cada bichito), encontramos otra vez la alusión al hecho antropológico, sin emitir juicios

de valor:

Hay un gusano muy parecido a la escolopendra, todo él cubierto de pelos, del que hay varias especies. Difieren entre sí en el color, pero tienen todos casi la misma forma. Si alguno de ellos toca nuestro cuerpo, produce un gran dolor, que dura muchas horas. Los pelos de otros, alargados y negros, de cabeza rojiza, son venenosos y excitan la voluptuosidad. Los indios suelen aplicárselos a los órganos genitales, que se encienden en ardiente deseo de lujuria, se hinchan, y a los tres días se infectan. Ocurre con frecuencia que el prepucio se les perfora por varios sitios e incluso el propio pene contrae una infección incurable. Y no sólo ellos se desfiguran con tan fea enfermedad, sino incluso contagian y manchan a las mismas mujeres con quienes tienen relaciones sexuales.

Yo, con perdón del Hermano Anchieta, si voy a emitir un juicio de valor. Pecados “veniales” me parecen los de estos indios salvajes, si los comparamos con los refinados violadores de niñas y niños de nuestras sociedades democráticas...

Se describen a continuación las distintas especies de “onças” o panteras, el “tamandúá”, el “tapiira”, el “aig” o perezoso, los ciervos y la “llama” del Perú. Esta última la conoció por el antiguo soldado, después Hermano jesuita y alumno suyo, Antonio Rodríguez:

Lejos de aquí, tierra adentro, hacia el Peru que llaman Nueva España, hay ovejas monteses, iguales a las vacas en el tamaño, cubiertas de una lana blanca y limpia, que las utilizan los Indios para transportar mercancías, como si fueran jumentos. Un Hermano nuestro, que estuvo mucho tiempo en aquellas partes, afirma que las ha visto y que ha comido sus carnes. De ellas se cuentan muchas cosas en las crónicas del Perú, que se han divulgado en castellano.

Gusanos, mariposas y hormigas... Entre éstas, hay una a la que llaman “içá”:

Son rojizas, trituradas huelen a limón, excavan para sí bajo tierra, grandes habitaciones. En primavera (austral), es decir, en septiembre, y de ahí adelante, sacan un enjambre de crías, casi siempre al día siguiente de lluvia y truenos, si hace sol. Van delante los padres y, con la boca abierta, yendo de aquí para allá, cubren todos los caminos, y con más rabia que en otro cualquier tiempo, muerden hasta hacer sangre. Les siguen las crías, aladas, de cuerpo mayor, que enseguida van volando en busca de nuevos hormigueros. Con frecuencia en tal multitud que forman en el aire una densa nube, y donde quiera que caigan, a continuación cavan la tierra construyendo cada una sus habitaciones. Al cabo de poco tiempo mueren todas, y de sus vientres salen innumerables hijos, de forma que no es de extrañar que haya tantas hormigas, pues de una sola nacen muchísimas.

Atención a la “caza” de la hormiga “içá”:

A la salida, pues, de estas cavernas acuden los Indios y acuden los pájaros. Acuden los Indios, que esperan con ansia este tiempo, tanto hombres como mujeres. Abandonan las casas, se dan prisa, corren con gran alegría y júbilo para recoger los nuevos frutos, se acercan a las entradas de las

cavernas, y llenan de agua pequeñas fosas que hacen y allí de pie, se defienden contra la rabia de los padres, y cogen las crías que salen de las cuevas y. llenando sus vasijas, es decir, unas grandes calabazas, vuelven a casa, las tuestan al fuego en recipientes de barro, y se las comen. Tostadas, se conservan muchos días sin corromperse. Los que lo hemos probado, sabemos cuán grata es al gusto esta comida, y cuán saludable.

La catalogación de insectos termina con numerosas clases de abejas, moscas y mosquitos. He aquí el último:

Otros, que habitan en los estuarios marinos, llamados “marigui” son una plaga terrible. Pequeñísimos, apenas se ven. Te pican, y no ves quién te pica. Te quemas, y no aparece el fuego. Así pues, no sabes de dónde te viene tan de repente esa molestia. Si te rascas con las uñas, aumentas el dolor. Durante dos o tres días revive y se agudiza ese ardor que te metieron en el cuerpo.

De los loros (algunos “imitan las voces humanas”) y otras aves, sólo mencionaré una:

Hay un pájaro marino, de nombre “guará” igual a nuestro somormujo, pero de tibias más largas, cuello también alargado, y pico estirado y curvo. Se alimenta de cangrejos. Es muy voraz. Experimenta en sí una metamorfosis casi continua: en la primera edad se viste de plumas blancas, después se cambia a color ceniza; pasado algún tiempo se blanquea de nuevo, aunque con menos brillo que antes; por último, se adornan de un color purpúreo y bellissimo. Son muy apreciados por los brasileños, que usan sus plumas en sus solemnidades para adornar cabellos y brazos.

¿Por qué no he querido omitir la descripción del “guará”? Porque, además de su belleza, fue ocasión de un “portento” de Anchieta, muy bien documentado, y recogido por D. Mastroiani en uno de sus bajorrelieves. Aparece el santo atravesando el mar en barca con algunos compañeros en un día de mucho calor. Se dirige a un “guará” y le pide que llame a la bandada para hacer sombra a la barca hasta terminar el viaje. Así sucede.

Omito casi todo lo referente a las plantas medicinales y árboles balsámicos. Cuando íbamos de niños al Jardín Botánico de La Orotava, nos sorprendía la “Mimosa pudica” de Linneo. He aquí la primera descripción histórica de esta planta:

Entre otras, hay una planta abundante en todas partes (que muchas veces hemos visto y tocado), a la que llamamos “viva”, porque parece que goza de algún sentido. Pues si la tocas suavemente con la mano o con cualquier otro objeto, al momento sus hojas, recogéndose sobre sí mismas, se juntan y como se aglutinan. Después, pasado un rato, de nuevo se abren.

Tras una breve alusión al reino mineral y a fenómenos poco conocidos (“fuegos fatuos” o de San Telmo, por ejemplo,), termina:

He escrito todo esto con la brevedad que pude, aunque no dudo que hay otras muchas cosas dignas de mención, que a nosotros, como poco experimentados, nos son desconocidas. Rogamos entretanto a los que LEYENDO o ESCUCHANDO esta narración, hayan recibido algún placer, quieran participar de nuestro trabajo, REZANDO por nosotros y por la conversión de este país.

Escrito en San Vicente (que es la última población portuguesa en dirección Sur), el año del Señor 1560, hacia el fin del mes de mayo.

El último de la Compañía de Jesús,

José.

He subrayado lo de LEYENDO o ESCUCHANDO, porque en los refectorios de los religiosos o estudiantes y en el hogar de las familias cristianas, estas cartas suplían, creo que con notable ventaja, a nuestras radios y televisiones. Y los creyentes correspondían REZANDO por la conversión de los gentiles, como deberíamos hacer hoy, siguiendo el ejemplo de la nueva doctora de la Iglesia, Santa Teresita del Niño Jesús, por la Nueva Evangelización.

CREADOR DEL TEATRO BRASILEÑO

Sin sombra alguna de hipérbole, dice de Anchieta el gran historiador mexicano Carlos Pereyra:

(En el Brasil) vivía y trabajaba el Padre Anchieta, miembro de la Compañía de Jesús, tipo excelso del colonizador, maestro y oficial en las artes útiles como Pedro de Gante, lingüista y etnólogo como fray Bernardino de Sahagún, elocuente como fray Bartolomé de las Casas, habilísimo negociador como Bartolomé de Olmedo, generoso y caritativo como fray Toribio de Benavente, austero como fray Juan de Zumárraga y caminante como Santo Toribio de Mogrovejo. Era, además de todo esto, músico y poeta.

Y creador del Teatro Brasileño en la Navidad de 1561. Pero antes quiero hacer una precisión a la cita precedente. “Elocuente como fray Bartolomé de las Casas”. No. Comparar al Padre Anchieta con el Padre las Casas puede inducir a cierta confusión. Las diferencias son abismales. Anchieta cruzó una sola vez el Atlántico para entregarse a los indios durante 44 años seguidos no sólo con la palabra, sino con la vida entera. Y defendió también a los negros. Las Casas lo cruzó 14 veces (ida y vuelta) para morir en la Corte, después de haber “defendido” al indio más de palabra que de obra, y admitiendo sin protesta alguna la esclavitud de los negros. Y dando pie, por su falta de objetividad, a la Leyenda Negra, a que aludiremos después.

Volvamos al Teatro de Anchieta. En 1561 Sao Paulo era ya una ciudad. Y algunos colonos añoraban el Teatro de la Corte, cuando Gil Vicente escribía sus piezas bilingües, porque si el Rey era portugués, la Reina era castellana o aragonesa. Y el Padre Nóbrega le dijo de nuevo al Hermano Anchieta: “Ésta es tu empresa”. Y nuestro portentoso tinerfeño redactó en pocas semanas el “Auto de Navidad”, llamado también “Predicación universal” por ser “trilingüe”, con fragmentos en portugués, castellano y tupí-guaraní.

En el acto 1º aparece el “molinero” Adán, sobre un saco de harina, apesadumbrado y triste. El “demonio” Guaixará ríe, mostrando la “vestidura” que le ha robado al primer hombre... El coro canta una tonada popular portuguesa:

*Já furtaran ao moleiro
el pelote domingueiro*

(Ya hurtaron al molinero
el vestido dominguero).

El lector intuye fácilmente el argumento: Adán pierde la vestidura de la gracia por culpa de Satanás. Y será un pobre desgraciado hasta que se la restituya su “nieto” Jesús, hijo de María. Toda la Historia de la salvación contada con suma gracia y viveza. El coro lo formaban los meninos indios.

Esta primera pieza anchietana -el Primer Teatro del Brasil-, con diversas adaptaciones, estuvo en cartel durante muchas Navidades por toda la costa brasileña. Quince años después, el 31 de diciembre de 1576, siendo ya Anchieta sacerdote y Superior de San Vicente, ocurrió uno de sus “portentos” tan curiosos como bien documentados...

Era el comienzo del verano austral. En el atrio de la Iglesia estaba todo preparado para la representación. Una enorme nube negra se cernía sobre aquel tinglado. La gente se disponía a retirarse prudentemente a sus casas. El Padre les dijo: “No caerá una sola gota hasta que todo termine...” En efecto. Pasaron las dos horas largas del teatro. El pueblo pudo retirarse a sus hogares... y vino el diluvio.

Doce piezas enteras y algunos fragmentos autógrafos se conservan en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús. Una breve alusión a su última obra teatral ya mencionada. Se trata del “Auto de la Visitación”, escrita en la enfermería de la aldea de Reritiba (hoy Ciudad Anchieta, Estado de Espírito Santo). Se la pidieron los cofrades de la Santa Casa de la Misericordia de Vila Velha para celebrar la fiesta de su Patrona el día 2 de julio de 1597. La obra está escrita en castellano, porque aquellos cofrades eran de Castilla... Anchieta la terminó a fines de mayo, unos días antes de su santa muerte. El autógrafo, con su letra ya algo temblorosa, pero clarísima, se conserva en el Archivo de la Compañía de Jesús en Roma.

Consta de tres actos, como de ordinario. El primero tiene 415 versos. El segundo, 145. El tercero, sólo 12. Se le iba acabando la vida...

El argumento es sencillísimo. Un romero castellano dialoga con Santa Isabel sobre la Visitación de María a su casa. Cuando va a marcharse el romero del atrio de la Iglesia, lo llama un ángel que viene delante de Nuestra Señora. Aparece María vestida con el manto de la Cofradía de la Misericordia, que sostienen, extendido, otros dos ángeles...

ÁNGEL:

*Volved acá, castellano,
que la Madre de Jesús
viene, pues sois buen cristiano,*

*a daros muy clara luz.
y teneros de su mano,
para que podáis pasar
por este camino estrecho,
con grande fervor del pecho,
entrando, sin punto errar,
en el cielo, muy derecho.*

En este momento se le juntan cuatro compañeros, y entre los cinco hacen una paráfrasis bellísima del himno mariano “Ave, maris stella,”

Una quintilla como ejemplo:

*En AVE se mude EVA,
que perturbó nuestra paz.
Mas vos, otra Eva nueva,
nos sacaréis de la cueva
y prisión de Satanás.*

Otra quintilla, esta vez de la respuesta de la Virgen, con una alusión a la Eucaristía:

*Gustad de Él, que es muy suave.
Comedlo para vivir.
divina llave,
que a mí se me dio en el AVE
para los cielos abrir.*

Él es la

Por si no estaba clara la intención del portentoso poeta moribundo, lean la última estrofa del acto segundo:

*Pártome sin me partir
de vos, mi madre y señora,
confiado que, en la hora
en que tengo de morir,
seréis mi VISITADORA.*

El tercer acto no es más que una sencilla glosa a la “redondilla”, que se había cantado al principio de la obra. Esta estrofa de cuatro octosílabos era una de tantas coplas populares que, trasladadas a lo divino por Anchieta, iban cantando por las calles los niños de la catequesis. Con ella terminamos el Teatro de Anchieta.

*¿Quién te visitó, Isabel
que Dios en su vientre tiene?
Hazle fiesta muy solenne,
pues que viene Dios en él.*

Un pequeño comentario al término “solenne” Así se lee perfectamente en el manuscrito anchietano. Hoy se escribe “solemne”. Entonces solía escribirse “solene” para que rimara mejor. Como, por ejemplo, “benino” con “divino”. Tengo la impresión de que el castellano de Anchieta está bastante más evolucionado que el de Lope de Vega o Cervantes, posteriores a él. Este hecho lingüístico merecería estudiarse mejor.

LA PAZ CON LOS TAMOYOS Y EL POEMA MARIANO

Llegamos ya al hecho más portentoso de esta primera década misionera del Apóstol del Brasil. Este hecho tiene dos aspectos, uno externo y otro interno, a cuál más admirable.

El externo es el tratado de paz entre tamoyos y colonos. Es el primer Tratado de Paz de América. El interno es el Poema DE BEATA VIRGINE DEI MATRE MARIA, primer poeta lírico latino de América, primera “mariología” escrita por un jesuita, que todavía no era sacerdote.

El que desee alguna información más amplia sobre el tema puede consultar el libro de 600 páginas “JOSÉ DE ANCHIETA, PRIMER MARIÓLOGO JESUITA” (Facultad de Teología, Granada, 1997). Digo “alguna información”, porque el portento está tan ampliamente documentado que es casi imposible abarcarlo de forma exhaustiva.

Para los lectores de Tenerife existe una traducción del Poema, sacado a luz por su Obispado en 1987, y que puede encontrarse fácilmente en cualquiera de sus bibliotecas.

La autoría de este Poema es absolutamente cierta para cualquier riguroso historiador. Y sin embargo, en la Carta del Hermano Anchieta al Padre Diego Laínez, Superior General de la Compañía de Jesús en Roma, fechada en San Vicente el 8 de enero de 1565, no se hace mención alguna ni explícita ni implícita a ese Poema. Ni siquiera puede atisbarse una velada alusión a la mística mariana que alentaba, día y noche, el corazón del misionero canario en la plenitud de sus 29 años.

Para tener alguna idea de este Tratado de Paz, debemos recordar que los jesuitas llegaron al Brasil en 1549 con el primer Gobernador General, Tomé de Sousa. Con el segundo, Duarte da Costa llegó, en 1553, José de Anchieta. Es este joven lagunero de 19 años el que primero se “acultura” allí, porque no sólo aprende su lengua en pocos meses, sino logra, con su Gramática, Vocabulario, Catecismos y Canciones, que los demás misioneros puedan acercarse útilmente a los nativos y “aculturarse” también en el Brasil.

El Provincial, Manuel de Nóbrega, que quiere a José como a un hijo, le pide que difiera su Ordenación Sacerdotal hasta que se organice la nueva evangelización. Ésta no fue efectiva hasta que vino otro hombre providencial, a quien ya conocemos: Mem de Sá, tercer Gobernador General, llegado a Bahía el 28 de diciembre de 1557. En vez de un trienio, como los anteriores, estuvo allí quince años, hasta su muerte, cooperando siempre con la misión evangelizadora de los jesuitas.

La colonización se limita casi a la costa, desde el norte de Permambuco hasta el sur de San Vicente. En estos primeros años los principales puestos de Misión están junto a Bahía, Río de Janeiro, en vías de fundación, y San Vicente, en cuya Capitanía funda Anchieta, con la ayuda del indio cristiano

Tibiricá, la aldea de Sao Paulo, primer núcleo de la ciudad más activa y populosa del Brasil moderno.

Para entender el “Tratado de Paz con los Tamoyos”, hay que recordar que tanto el Gobernador General como el Padre Provincial tenían su residencia habitual en Bahía, que era la capital de la colonia. Desplazarse por tierra hacia el Sur era entonces prácticamente imposible. El viaje por mar era muy peligroso y, a veces, se tardaba más en llegar que desde la misma Lisboa.

Ahora bien, el principal peligro lo representaban los piratas y corsarios franceses, alentados por el almirante Coligny, que se habían hecho fuertes en una isla de la bahía de Guanabara, desde donde pensaban dominar toda la región de Río de Janeiro para fundar allí la Francia Antártica. Sus aliados naturales fueron los indios Tamoyos, mal tratados por algunos colonos portugueses, en ausencia de los misioneros...

Un breve párrafo de la carta de Anchieta a Laínez (que ocupa en la edición de Granada 1997, las páginas (25-64) nos puede dar luz sobre el problema:

En las letras pasadas (16 de abril de 1563) toqué algo de las grandes opresiones que dan a esta tierra (Capitanía de San Vicente) unos enemigos nuestros llamados Tamoyas, del Río de Henero, llevando continuamente los esclavos, mujeres e hijos de los cristianos, matándolos y comiéndolos, y esto sin cesar, unos idos, otros venidos por mar y por tierra; ni bastan sierras y montañas muy ásperas, ni tormentas muy graves para impedirles su oficio cruel, sin poder o, por mejor decir, sin querer resistirles: de manera que parece que la divina justicia tiene atadas las manos a los Portugueses para que no se defiendan, y permite que le vengan estos castigos, así por otros sus pecados como MAXIME (principalmente) por las muchas sinrazones que tienen hecho a esta nación, que de antes eran nuestros amigos, salteándolos, cautivándolos y matándolos muchas veces con muchas mentiras y engaños.

El párrafo siguiente de la misma carta revela el aspecto positivo de los misioneros:

Por lo cual determinó el Padre Manuel de Nóbrega de tratar paces con ellos, con aplauso de todos estos pueblos, para que algún poco cesasen estos incursos y opresiones y a lo menos, cuando ellos no quisiesen, nos quedase nuestra causa justificada delante de Dios Nuestro Señor y ablandase el rigor de su justicia, queriendo dar su vida en sacrificio, entregándola en manos de sus enemigos, quedándose con ellos en sus tierras (mandando también ellos acá algunos de los suyos en rehenes, y así tratándose poco a poco hasta soldar la amistad y paz) UT UNUS AUT DUO MORJRENTUR HOMINES PRO POPULO, ET NON TOTA GENS PERIRET (para que uno o dos hombres -Nóbrega y Anchieta- murieran por el pueblo, y no pereciera toda la nación: Jn 11, 50), esperando de aquí también otros frutos de la conversión de los mismos, o SALTEM (al menos) ganar algunas almas de sus hijos inocentes con el agua del santo bautismo, como más longamente en las letras pasadas he referido.

Los que tengan el placer de leer esta carta en JOSÉ DE ANCHTETA, PRIMER MARIÓLOGO JESUITA (que también debe estar en todas las bibliotecas de Tenerife), adviertan que el adverbio “acá”, que se repite con frecuencia, se refiere a la Capitanía de San Vicente, desde donde escribe

Anchieta, y el adverbio “allá”, muy frecuente también, hace referencia a la de Río de Janeiro, sobre todo a la aldea de Iperuí, adonde llegó con Nóbrega, que tuvo que dejarlo solo “allá” durante cinco meses.

Esta estancia del joven misionero canario, solo, entre los Tamoyos fue un continuo milagro. Caso único en la gloriosa historia de las Misiones. Una tarde el caudillo Aimbiré, uno de los más feroces y sanguinarios, le dijo: “Si hoy no te he matado yo, con lo furioso que venía, puedes estar seguro de que ya nadie te podrá matar...”

Él estaba seguro de que no iba a morir allí, a pesar de sus ansias de martirio. La Virgen le había comunicado que aquel Poema de su Vida, empezado con dísticos ingenuos en La Laguna, continuado en Coimbra con estrofas académicas, también en latín, sería completado en su “felicísima memoria” durante las largas noches de su cautiverio, y lo pondría por escrito en San Vicente después de su liberación. Así se lo refirió confidencialmente, años después, al Padre Gonzalo de Oliveira, gravemente tentado en su vocación religiosa.

Por otra parte, su profundo conocimiento de la lengua tupí-guaraní, le permitió entrar espiritualmente en el alma indígena. Y la fe cristiana, “que creció con él desde sus primeros años” completó el milagro. Los niños acudían a la catequesis y aprendían con devoción los cánticos religiosos. Después las mujeres e incluso algunos hombres. El anciano Pindobucu lo tomó bajo su protección, tratándolo como a un hijo. Él y otros le ofrecieron más de una vez sus hijas y nietas hasta que llegaron a comprender el valor de la castidad religiosa.

Una muchacha, enamorada, se le acercó una noche mientras oraba, de rodillas, en su choza:

-José, José...

Silencio.

-José, ¿estás vivo o muerto?

-Estoy muerto.

Esta anécdota la conocemos también por el testimonio del Padre Gonzalo de Oliveira. La realidad mística no es nueva. Ya la estrenó San Pablo: “Estoy crucificado con Cristo y vivo., ya no yo: es Cristo quien vive en mí’ (Gal 2, 20). Nunca han faltado en La Iglesia estos grandes santos. Hoy tampoco, aunque no lo pregonen los modernos medios de comunicación social...

Una última cita de la carta al Padre Laínez, en la que no falta cierto tinte de humor:

Razón sea que dé cuenta de/ fruto que se dio en la selva tan inculta de aquella nación, y es éste. Estando yo luego después de estas aflicciones, a los 28 de junio, en una cabañuela de palmas, donde el Padre (Nóbrega) solía decir Misa, junto a nuestra posada, y como rezase los maitines, oí junto a ella hablar y cavar. Y porque

allí las indias solían cocer loza, pensé que sería eso y no me quise distraer; y acabadas las lecciones, que sería pasada ya media hora, llegose allí una.

Yo preguntele qué hacían allí. Ella me dijo que enterraron un niño. Y pensando yo que habían matado alguno, contóme ella lo que pasaba, y era que había ella entonces allí parido uno, y fue tan sin dolor, que, no estando más de diez o doce pasos de mí, ni grito ni gemido le oí porque ninguno dio; y acabando de nacer de ella un niño muy hermoso, una vieja, su suegra, lo enterró vivo; porque siendo aquella moza su madre preñada de uno que la tenía por mujer, siendo dejada de él, se casó con otro, de manera que según la opinión de esta gente, quedaba el niño mezclado de dos simientes, y a los tales, en naciendo, luego los entierran vivos con tan grande bestialidad y crueldad, que muy menor sentimiento ha por ello su madre que si se le muriese un gatillo, porque dicen que los tales son después débiles y para poco, y que es gran deshonra después, cuando viven, llamarlos mezclados.

Yo, sin ninguna confianza de su vida, por haber ya tanto tiempo que estaba debajo de la tierra, dejo los maitines y voy corriendo a mojar un paño en agua, y cavando la tierra hallélo que aún bullía, y bauticélo, haciendo cuenta de lo dejar, pareciéndome que ya expiraba; mas diciéndome algunas mujeres que aún podía vivir, porque a las veces estaban los tales todo un día enterrados y vivían, determiné de sacarlo y hacerlo criar.

A este espectáculo tan nuevo concurrieron muchas mujeres de la Aldea y con ellas un indio con una espada de palo para quebrarle la cabeza, al cual yo dije que lo dejase, que yo lo quería tener por mi hijo, y con esto se fue. Yo desenterrelo, y ninguna de aquellas mujeres le quiso poner mano para lavarle, por más que se lo rogué, antes se estaban riendo y pasando tiempo, diciendo que ya el Padre tenía hijo, y esto les quedó después en gracia a ellas y a todos los indios,

Viéndolas así tomé el niño y asentélo sobre un mi muslo y comencélo a limpiar y lavar lo mejor que pude, y entonces se movió una de ellas a me ayudar. Y como quiera que yo sabía poco del oficio de partera, íbale a cortar el ombligo junto a la barriga, mas una vieja me fue a la mano, diciéndome: - No lo corte por ahí que morirá Y enseñómelo a cortar. Finalmente yo lo envolví en unos paños y lo entregué a una de mis amas, mujeres de mi huésped, que me lo criasen, y algunas otras mujeres le venían a dar de mamar, de manera que vivió un mes, y aún viviera y creciera, si no le faltara la teta, mas por falta de ella murió. A la verdad él fue sesudo en huir tan mala gente e irse al cielo a gozar de su Criador, el cual sea bendito para siempre. Amén.

De lo poquito que hemos citado (las Cartas de Anchieta llenan 500 páginas en el volumen 6° de sus Obras Completas: Sao Paulo, 1984), podemos deducir su objetividad. Él ha optado por los indios, como seguiremos comprobando, pero no cae en la ingenua generalización de las Casas: “los Indios son unos santos y los Colonos unos malvados”. Todos necesitan ser evangelizados. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad. Anchieta se hace todo a todos para ganarlos a todos para Cristo...

CAMINO DEL SACERDOCIO

Asegurada la paz en el Sur, manda el Padre Nóbrega al Hermano Anchieta que suba a Bahía para ordenarse de sacerdote. Acompañaría hasta Río de Janeiro al Padre Gonzalo de Oliveira, destinado a la nueva ciudad, y

“visitaría”, en nombre del Superior Provincial todos los puestos de Misión de la costa.

Después de haber estado casi siempre solo, a veces sin Misa ni Comunión, va a vivir durante año y medio en el Colegio de Jesús de la ciudad de Bahía, donde se congregan más de 20 religiosos. Casi como en el Colegio de Coimbra. Anchieta va a gozar de un segundo Noviciado, entregado a la oración y al estudio de la Teología.

Su facilidad para leer y escribir le va a permitir resumir los libros de los más eminentes profesores de Salamanca y redactar en latín seis Poemas Eucarísticos. Las órdenes sagradas se las confiere, en 1566, el segundo Obispo del Brasil, Don Pedro Leitao, que había sido compañero suyo de estudios en Coimbra.

En el primer Proceso de Beatificación se han conservado algunas frases atribuidas al Prelado:

El Obispo del Brasil decía del Padre que era un gran siervo de Dios y una lumbrera que la Compañía tenía en estas partes... La Compañía en el Brasil es un anillo de oro y su piedra preciosa es el Padre José... Más haré lo que dijere ese Canario que todos los demás de la Compañía, porque es el espejo en que todos pueden mirarse...

El Padre Pedro Rodríguez, su último Provincial y primer biógrafo aclara esta última frase:

Lo llama Canario, así por ser el Padre natural de las Islas Canarias, como porque este nombre tenía en los estudios de Coimbra por ser de los mejores latinos que entonces había, y de este tiempo lo conocía el Obispo, diciendo además que ya entonces corría entre los estudiantes la fama de su virtud.

Los que asistían a una Misa del Padre José jamás lo podían olvidar. El Proceso está lleno de testimonios de toda clase de personas que, en conjunto, no pueden ponerse en duda. El resplandor de su rostro, el fenómeno de la levitación se repiten una y otra vez.

Hemos citado antes a un santo más cercano a nosotros: San Juan Bosco. Es históricamente cierto que en un día de primeras comuniones, el ayudante olvidó en la sacristía el copón que contenía las formas que el santo había de consagrar durante la celebración eucarística. Y es históricamente cierto que con las 30 o 40 formas consagradas que se guardaban en el Sagrario dio San Juan Bosco de comulgar a los más de 500 niños que se acercaron a recibir al Señor. ¿Qué importancia puede tener este hecho comparado con el milagro de la Transubstanciación? fue la respuesta de Don Bosco.

Nuestra fe “comunitaria” (santos no faltan, pero no salen en la televisión) se ha enfriado notablemente. No es que seamos “incrédulos” Hoy somos más “crédulos” que nunca... Pensemos en los horóscopos, en la cartomancia, en la simple publicidad, etc.

Pero la Nueva Evangelización, del individuo y de la sociedad, que urgía para el año 2000 el Vicario de Cristo, se está retrasando un poquito en nuestras familias y en nuestras comunidades cristianas. ¡Ojalá nos la revitalice el recuerdo vivo y la renovada devoción a nuestro portentoso Apóstol del Brasil.

UN VISITADOR SANTO (1566-1569)

El Padre “Visitador” es un enviado del Padre General a una o varias Provincias jesuíticas con la misión de estudiar a fondo sus problemas y darle cuenta personal de ellos, a su vuelta a Roma, para tratar de que sean resueltos lo mejor posible. El 1º que fue enviado al Brasil se llamaba Ignacio de Azevedo. Un santo (futuro mártir junto a las Islas Canarias) enviado por otro santo (el tercer General, Francisco de Borja) también a otro santo, nuestro José de Anchieta.

El 2º Provincial, residente en Bahía, era entonces el Padre Luis de Gra. El primero y fundador de la Misión había sido el Padre Nóbrega, que gobernaba entonces las misiones del Sur. Pero quien conocía a fondo todos los problemas de la Misión y quien iba a acompañar al Visitador a todas partes, como intérprete, era el Padre Anchieta, ya sacerdote, con quien desde el primer momento se sintió identificado el Padre Ignacio de Azevedo.

En un primer viaje hacia el Sur, embarcaron juntos hasta Río de Janeiro el Gobernador Mem de Sá, el Obispo Leitao, el Visitador, el Provincial y Anchieta. La nueva ciudad se llamaba propiamente San Sebastián de Río de Janeiro, en honor del joven rey de Portugal Don Sebastián. Su pacificador definitivo había sido Estácio de Sá, sobrino del Gobernador. Herido gravemente en la última batalla contra los corsarios franceses, tuvo el consuelo de morir asistido espiritualmente por su gran amigo el Padre Anchieta

Fue entonces cuando ocurrió un hecho “singular” que atañe a nuestro biografiado. Diez franceses calvinistas fueron cogidos con las armas en las manos y condenados a muerte por la ley marcial. Nueve de ellos se reconciliaron con la Iglesia donde habían sido bautizados. El último se mostró recalcitrante. Al fin se rindió a la gracia, conmovido por la palabra cálida y afectuosa del misionero canario, que lo acompañó, estrechando su mano hasta el último momento. El verdugo, impresionado, estuvo torpe, con peligro de alargarle el sufrimiento. Le corrigió el Padre José, sin dejar de estrechar las manos del amigo: -¡Hazlo rápido!

En su primera biografía de Anchieta anota el Padre Pedro Rodríguez:

Contando el Padre de allí a muchos años, cuando llegó a ser Provincial, este caso a un Hermano nuestro, le dice el Hermano. ¿Y no vio Vuestra Reverencia que quedaba irregular? -Sí. Bien me daba cuenta de eso. Pero mi irregularidad no era ofensa de Dios y tenía remedio, mas aquel pobre hombre tenía el tiempo limitado, y, por la salvación de su alma, aunque quedara toda la vida irregular, lo diera por bien empleado.

Hoy nos cuesta trabajo comprender esta actitud, porque no entendemos así las cosas. Un clérigo quedaba irregular, es decir, impedido de ejercer su ministerio, si colaboraba, aunque fuese involuntariamente, a un homicidio. Anchieta, después de un sacerdocio tan largo y ardientemente deseado, no tenía reparos en renunciar a su ejercicio por salvar un alma. Más adelante, siendo Provincial, veremos otro caso parecido.

El Padre Azevedo después de casi tres años en el Brasil, volvió a Roma, y el Padre General le dio amplias facultades para reclutar en las Provincias de Castilla y Portugal todo el personal que necesitase para una Misión tan bien encauzada como la del Brasil. Pero los planes de Dios son inescrutables. Casi cien personas

llevaba el Padre Azevedo a su vuelta a la Misión. Iba como tercer Provincial para dar un nuevo impulso a la evangelización de aquella fecunda tierra.

Él, con 39 de sus compañeros, fue sacrificado por el pirata francés Jacques Soria en la bahía de Tazacorte, ante la isla de La Palma. Otros, que iban en otro barco, lo fueron, meses después, en pleno Atlántico. El golpe fue terrible. Anchieta, con su devoción y fe en el martirio, levantó los ánimos de misioneros y fieles, dedicándoles unas sentidísimas poesías, que fueron el comienzo de un especial culto a estos héroes, confirmado después por la Iglesia.

Voy a recordar sólo el estribillo de algunas de ellas, que son verdaderas catequesis:

*Los que muertos veneramos
por su Dios,
si no los seguimos nos,
¿qué ganamos?...*

*“Lo dulce no gustará
quien no gusta de lo acedo,
como Ignacio de Azevedo.*

Hay uno, especialmente emotivo, porque alude a la conversión de Jacques Soria, el hereje calvinista que los martirizó:

*Quiso Dios que diese vida
al enemigo francés,
la muerte del portugués...*

SEGUNDA DÉCADA EN EL SUR

Siguiendo nuestra narración, podemos imaginar el júbilo con que fue recibido en San Vicente el ya “Padre” Anchieta, sobre todo viniendo acompañado del Obispo, el Visitador y el Provincial. Reunidos con el Fundador, Padre Nóbrega, trazaron la nueva orientación de la Provincia. El Padre Gra volvería a la capital, Bahía de El Salvador, con el Sr. Obispo, una vez administrado por todo el Sur el Sacramento de la Confirmación. El Padre Nóbrega iría de Rector al nuevo Colegio de Río de Janeiro, para coordinar todo el Centro de la Misión. Y el Padre Anchieta quedaría de Superior en San Vicente otra larga década: desde 1566 hasta 1577.

El Superior de San Vicente era una especie de Delegado del Provincial en el Sur. De él dependían las demás ciudades de la Capitanía: Sao Paulo, Itanhaém y Santos. Y las misiones esporádicas a las distintas aldeas del interior. Al Padre José le consultaban el Vicario del Obispo y sus auxiliares, el Capitán Mayor y demás autoridades civiles, y los colonos, a quienes con suavidad y firmeza les recordaba sus obligaciones cristianas.

Y a él acudían como a un padre, los indios libres o esclavos. Casi todos habían acudido a sus clases e iban por los caminos tarareando sus canciones y su catecismo.

A él recurrían también en los casos difíciles. Tres esclavos habían huido con su familia hacia el interior después de cometer un crimen. Refugiados en una tribu enemiga, se podía temer un ataque a alguna aldea de las más alejadas de San Vicente, como había ocurrido en algún caso anterior semejante. Acompañado del Padre Vicente Rodríguez y algunos indios subió Anchieta en una canoa, río Tieté arriba, con el mensaje de que serían juzgados con benevolencia si se volvían arrepentidos.

En una de las torrenceras volcó la canoa y cayeron al agua, Salieron todos a la superficie, menos el Padre José que no sabía nadar y quedó en el fondo enredado por la sotana. Dos indios bucearon en vano tratando de encontrarlo. Uno de ellos, llamado Miguel, quería tanto al Padre que lo había acompañado a pesar de haber sido padre recientemente y, según costumbre antigua, debía permanecer en casa. Lanzándose por segunda vez, lo vio, y, sacando la cabeza para tomar resuello, volvió por él y lo sacó a flote. Preguntándole el Padre Vicente Rodríguez cómo pudo estar tanto tiempo debajo del agua, respondió:

En tres cosas estuve ocupado. La primera en la Virgen Nuestra Señora, la segunda en no agarrar al indio hasta que él pudiese sacarlo del agua, y la tercera en no beber agua.

En la imposibilidad de contar ‘portentos’ de este tipo, diré que San Vicente, en aquellos diez años, fue un ensayo de lo que serían dos décadas después las famosas Reducciones del Paraguay, cuyos comienzos, como veremos, se deben al Padre José.

Debemos recordar que no sólo floreció la vida religiosa y la catequesis. También la industria y la economía de la región experimentaron un notable desarrollo. Ya no sólo se fabricaban “alpargatas”. Se cultivaba la agricultura y la ganadería y se levantaban edificios cada vez más sólidos.

La caña de azúcar, traída de Canarias, fue asimismo una nueva fuente de riqueza. Bien repartida mientras estuvo José en el Sur, El “ingenio” de los “Erasmus”, dirigido por los hermanos Schetz, venidos de Flandes, fue entonces una empresa modelo. Siendo Anchieta Provincial, les escribe desde Bahía con fecha 7 de junio de 1578 una carta, que, como todas las suyas, reflejan la historia con absoluta objetividad.

Con gusto hubiera quedado Anchieta en el Sur toda su vida. Su enfermedad no desapareció nunca, como veremos; pero allí sufría menos crisis, quizás por el clima más benigno. O tal vez porque el ambiente era más cristiano, y así se sufre mejor. Todos habían sido sus alumnos, o mejor, sus hijos. Ya podía casarlos, bautizar a sus niños de pequeños, admitir a más de uno en la Compañía de Jesús, firme fermento de aquella sociedad. Hasta los extranjeros e incluso algunos negros de Guinea o Angola, en bastante menor número que en el Norte, se integraban para dar origen a un nuevo pueblo.

La pérdida de la expedición del Beato Azevedo fue muy sentida y trajo sus consecuencias negativas y positivas. Negativas porque se perdieron de golpe muchas

vidas y no pocos instrumentos, sobre todo libros, de evangelización y cultura, También positivas, porque el culto a aquellos santos, que consideraban brasileños, aunque sólo el Padre Ignacio había estado allí, levantó el espíritu de los misioneros.

El culto a los mártires, que el Padre José fomentó con sus inspirados poemas, fue una fecunda sementera de fe y vida cristiana, Los esperaban con santa impaciencia, como se deduce del comienzo de la carta que el Superior de San Vicente, Padre Anchieta, dirigía, con fecha 10 de julio de 1570, al General de la Compañía en Roma, San Francisco de Borja:

No tengo de momento otra cosa que avisar a Su Paternidad sino que estamos todos los que dejó el Padre Ignacio de Azevedo en esta Capitanía, bien por la bondad de Dios Nuestro Señor, y esperando por él cada día, con deseo de aprovecharnos en el Espíritu, con su ejemplo y doctrina. Entretanto trabajamos por conformarnos, cuanto lo permite la tierra, con lo que nos dejó ordenado. Con el Padre Azevedo venían jóvenes estudiantes, pero también eminentes profesores y Padres

Profesos para cubrir los puestos de Superiores de los nuevos Colegios. Todo se perdió en el mar. Azevedo venía con el nombramiento de Provincial. Hubiera sido el tercero después de Nóbrega y GrL. Por eso, al nuevo Superior Provincial, Ignacio Tolosa, que asumió el cargo el 23 de abril de 1572 se le consideró como el cuarto.

El 5º Provincial fue el Padre Anchieta. Quizás no lo hubiera sido sin el sacrificio de los mártires de Tzacorte. Me explico brevemente. Dos años después de ese glorioso martirio, se organizó la tercera expedición al Brasil, mucho más modesta, formada solamente por 13 jesuitas: seis Padres y 7 Hermanos. Embarcaron en Lisboa con grandes precauciones el 28 de enero de 1572 y llegaron a Bahía el 23 de abril. Todos

eran portugueses menos el Padre Ignacio Tolosa, que, recién hecha la Profesión solemne, venía con la patente de Provincial.

Nacido en Medinaceli (Guadalajara), sacerdote a los 27 años de edad, el castellano Ignacio Tolosa se doctoró en Évora. Allí ingresó en la Compañía de Jesús. Enseñó Filosofía y Teología en Coimbra. Destinado al Japón, San Francisco de Borja le cambió el rumbo. Iría de Provincial al Brasil, por la gran necesidad que había de organizar allí los estudios. Al mismo tiempo y, debido a los informes del Visitador Azevedo, el General Borja le recomienda que, excepcionalmente, otorgue al Padre Anchieta el grado de Profeso.

El Padre Tolosa, en su última visita al Sur, recibe en San Vicente (8 de abril de 1577) la Profesión (se conserva en Roma el autógrafo) del Padre José y se lo lleva para el Norte con el cargo de Rector de Bahía. Su despedida recuerda la de San Pablo en la playa de Mileto... El Padre consuela a los vicentinos prometiendo que volverá.

DIEZ AÑOS DE PROVINCIAL (1577-1587)

Muy buen concepto tenía el Padre Tolosa de aquel canario de cuerpo endeble y pobre apariencia. Pues llevábale de Rector al principal Colegio de la Provincia, el Colegio de Jesús de Bahía, donde se había preparado al sacerdocio. Pero mejor lo tenían en Roma. Muerto el santo Padre Francisco de Borja, fue elegido General de la Compañía el belga Everardo Mercuriano, que mostró un especial interés por las Misiones.

Las cartas de Anchieta, su Gramática y Vocabulario tupí, sus Catecismos, el Poema a la Virgen, uno de cuyos autógrafos se conservaba en la Biblioteca del Colegio Romano, y, sobre todo, los informes del Visitador Ignacio de Azevedo, movieron al nuevo General a poner a aquel canario, aunque no tuviese los preceptivos grados académicos, al frente de la Misión de todo el Brasil. No se equivocó. La norma de gobierno en las comunidades religiosas solía ser “fortiter et suaviter” (con fortaleza y suavidad). En el Brasil, por sus especiales circunstancias, el Padre José cambió sencillamente el orden de los adverbios latinos: “suaviter et fortiter”. Primero la suavidad, la dulzura. En último término y, excepcionalmente, la firmeza.

Para no multiplicar testimonios, voy a citar dos hechos documentados, en los que resplandece no sólo su mansedumbre propia, sino la que pedía también a los demás Superiores. Escuchemos a su último Provincial y primer biógrafo, Padre Pedro Rodríguez:

Oyó contar que decía un Padre que no debía el Superior dejar pasar una falta de sus súbditos sin corregirla. -Me parece muy bien, dijo el Padre José. Pero yo añado que no debe haber falta en un súbdito sin que el Superior la llore das o tres veces delante de Dios, antes de hablarle de ella.

Segunda anécdota. *Preguntó el Padre José, siendo ya Provincial, a un Padre que era Ministro en un Colegio de esta Provincia, por qué se había portado áspero con un súbdito... Respondió: -El que me dio el cargo de Ministro me aconsejó que no dejase pasar ocasión de ejercitar a los súbditos en la paciencia... A lo que el Padre José contestó: -Pues in nomine Domini (en el nombre del Señor) yo os despojo ahora de ese*

hábito de rigor y os visto de este otro de mansedumbre, con que nunca deis ocasión de impaciencia a ningún súbdito, sino de todo amor y afabilidad.

El Padre Ministro -sigue diciendo Rodríguez- prometió cumplirlo, y así lo hizo, y lo hace hoy en día, y cuenta esto que pasó con el Padre José. Fue el Padre Alfonso González.

El testimonio es irrefutable, pues cuando lo escribía Rodríguez, aún vivía el interesado.

EL “SANTA ÚRSULA”

La principal obligación del Superior Provincial es visitar cada año todas las casas de la Provincia para poder escuchar y alentar a cada uno de sus miembros. El Padre José fue el primero que lo consiguió. El “Santa Úrsula” era un barco parecido a los “pataches” de la época. Lo había mandado construir el Padre Ignacio Tolosa, pero lo estrenó el Padre Anchieta. Con los medios ordinarios difícilmente podía hacer la visita el Provincial cada dos o tres años. Con el “Santa Úrsula” se pudo hacer fácilmente la preceptiva visita anual.

El “Santa Úrsula”, bendecido por el Padre José, pasó sus dificultades, pero nunca naufragó, nunca fue molestado por los piratas o corsarios, sirvió siempre para todos los que lo necesitaron. Su piloto ordinario era el Hermano Francisco Dias. Por las noches solía suplirle el Padre José para que el Hermano pudiera descansar.

En 1578 obtuvo un “récord” de velocidad, llegando en 24 horas de Río de Janeiro a San Vicente, cinco días antes que el Obispo Leitao que no se atrevió a ir con él en un barco tan pequeño.

A Anchieta le encantaba el mar. Había nacido en una isla, donde se veía el Océano desde todos los horizontes. También le encantaba la montaña. Desde su casa de La Laguna podía ver todas las tardes, de niño, ponerse el sol tras el Teide en los más variados atardeceres. Sobre la cubierta del “Santa Úrsula” al navegar de Bahía a San Vicente, tuvo que tener más de una vez la impresión de volver a ver su tierra natal: de un lado su océano Atlántico, del otro la Sierra del Mar con sus picos altaneros como los de Tenerife. Recordando la carta, ya citada, de 1560, tenemos que añadir que le encantaban asimismo las plantas y los animales. Era un verdadero ecologista a lo divino.

ENFERMO DE POR VIDA

No olvidemos que el Padre José fue un enfermo de larga duración. Antes de referir algún que otro “portento” de sus diez años de Provincial, vamos a citar una breve carta de esta época. Como estuvo en el Brasil 44 años,

conoció cinco Padres Generales. A todos escribió cartas. El último fue el famoso Claudio Aquaviva, 5º General cuando él era 5º

Provincial. Dice así la epístola:

*Muy Reverendo en Cristo Padre Aquaviva
Fax Christi!*

1. Desde el primero de marzo, -en que de aquí partió el Padre Antonio Gómez, procurador, por el cual escribí a VP. extensamente- hasta ahora, no tuve un día de salud. Y por eso no escribo ésta por mi mano, ni pude acompañar al Padre Visitador Cristóbal de Gouveia en la visita al Colegio de Pernambuco, donde ahora está.

2. Como mi dolencia comenzó hace muchos años y ahora, con la edad y los trabajos, apretó más, hay pocas esperanzas de salud. Y así espero que el Padre Visitador me quitará el cargo de la Provincia, si la muerte no se cuidara de hacerlo antes. Y como él da extensa cuenta de todo, y los rectores, de sus colegios, y yo estoy de la manera que digo, no pretendo con ésta sino pedir a V. P. su santa bendición y la ayuda de sus santos sacrificios y oraciones y de todos los Padres y Hermanos de la Compañía, así para la vida como para la muerte.

De este Colegio de Bahía de Todos los Santos, 8 de agosto de 1584.

3. El Padre Vicente Rodríguez persiste en su pretensión de morir en Portugal. Y dice que tiene miedo de volverse loco en este Brasil, con imaginaciones. Vea V.P. si convendrá concederle esto en su vejez, ne quid deterius ei contingat (no sea que le ocurra algo peor).

*De V. P. hijo indigno in Domino (en el Señor),
José de Anchieta.*

Al Muy Reverendo en Cristo Padre Nuestro, el Padre Claudio Aquaviva, prepósito general de la Compañía de Jesús, en Roma. -Del Brasil -Del Padre Provincial. 1ª vía.

Esta breve carta necesita algún breve comentario. 1º: se conserva en Roma el original castellano. Pero lo que va aquí es traducción de la versión portuguesa del Padre Viotti. Lo que me ha ocurrido más de una vez con otros documentos... 2º: No hace falta recordar que su enfermedad la contrajo en Coimbra: tuberculosis pulmonar y osteoarticular, según prestigiosos médicos modernos que la han estudiado. 3º: El Padre Vicente Rodríguez, por quien se preocupa Anchieta, olvidándose de sí, llegó al Brasil en 1549 con el Padre Nóbrega. No volvió a Portugal.

Murió en Río de Janeiro el 9 de junio de 1600.

EL SEGUNDO VISITADOR DEL BRASIL (1583-1589)

Cristóbal de Gouveia fue enviado al Brasil por el Padre Aquaviva en un momento histórico singular. Felipe II era el titular de las dos coronas peninsulares. Por vez primera se había realizado la unidad HISPÁNICA, tan deseada sobre todo por la Casa portuguesa de Avis. Recordemos aquel féretro pequeñito de la Capilla Real de Granada. Era el primer nieto de Isabel la Católica. El primer hijo de su hija, también Isabel. Pero, sobre todo, el heredero de Manuel I, el Afortunado, Rey de Portugal y de los Algarves. Manuel había conseguido el gran deseo de su dinastía: que aquel hijo suyo, **Don Miguel**, fuese reconocido por las Cortes de Portugal, Castilla y Aragón.

Como ya dijimos, **Don Miguel**, murió, a los dos años de edad, en 1500. Ese año nació en Gante Don Carlos, nieto también de los Reyes Católicos, a quien Doña Isabel de PORTUGAL, su esposa, dio, como único hijo varón, a **Don Felipe**, del que, en 1580, dijo Anchieta, siendo Provincial del Brasil:

*a quien la Suma Bondad
quiere dar la monarquía
de toda la cristiandad.*

Pero Felipe II supo respetar la autonomía de todas las regiones y aun ciudades o pueblos de Hispania. Y así, los asuntos de Portugal los gobernaba desde Lisboa. Allí despidió, con todo respeto, al Visitador Cristóbal de Gouveia, a quien recomendó una vez más la defensa de la LIBERTAD de los indios y el respeto a las autoridades, todas portuguesas, del Brasil. El Visitador llevaba consigo, como Secretario, a un hombre singular: el Padre Fernando Cardim, que se quedaría en la Provincia del Brasil, primero como Rector del Colegio de Río, y después como Superior Provincial. Con estilo ágil y ameno, escribió una Crónica de la Visita y un Tratado de las cosas del Brasil, inspirado en la famosa carta anchietana de 1560.

En la epístola de Anchieta a Aquaviva, citada hace poco, se habla del Padre Antonio Gómez, procurador. Aquel año 1583 en que llegó el 2º Visitador, se reunió en Bahía una Congregación Provincial, previa a la Congregación General extraordinaria que había convocado Aquaviva en Roma para 1585, y a la que asistiría el Padre Antonio Gómez con el título de “procurador”, es decir, encargado de exponer los asuntos particulares de la Provincia brasileña.

Se conserva el texto de sus resoluciones, de las que voy a citar una:

8. Que Vuestra Paternidad (Áquaviva) consiga de su Majestad (Felipe II) que aumente el número de los Nuestros que vienen de Portugal, para que pueda extenderse la Provincia hasta el Río de la Plata...

Era el sueño del Padre Nóbrega. La región pertenecía a los castellanos. Pero les era difícil atravesar la barrera de los Andes. Y aquellos pueblos pedían con insistencia algunos misioneros jesuitas. El obispo de Tucumán, dominico portugués, ofrecía al Padre Anchieta todo lo que necesitaran los Padres. En 1586, con la plena aprobación del Visitador, les envió el Padre José dos portugueses, un

italiano, un irlandés y un catalán. Todos hablaban la misma lengua: el tupí-guaraní. Provistos de los catecismos anchietanos, pusieron los fundamentos de aquella “república” jesuítica llamada “Reducciones” del Paraguay, a la que Arnold J. Toynbee consideraba la mejor experiencia sociopolítica de la Historia.

FUNDADOR DE ALDEAS

El “aldeamiento” fue la primera preocupación de Nóbrega. Si no aceptaban voluntariamente los indios reunirse en aldeas estables, resultaba imposible la catequesis. El Gobernador Mem de Sá colaboró eficazmente en esta empresa y en su complemento esencial, la pacificación. Algunos colonos preferían que los indígenas perseverasen en su nomadismo y luchas tribales. Los jesuitas se mantuvieron firmes y consiguieron de los monarcas portugueses leyes justas, que defendiesen ante todo el más absoluto respeto a la libertad y autogobierno de los indios en sus aldeas.

Hasta 50 y más leguas se adentraban en el interior los Padres, con algunos indios amigos, atravesando selvas y cruzando ríos, entre peligros inverosímiles, para “reducir” a las “aldeas” a tribus de 200, 500 o 1000 indígenas.

Al verse Provincial, fue ésa la primera preocupación del Padre José: consolidar las aldeas y fundar otras nuevas. Por ejemplo en la Capitanía de Espíritu Santo, en cuya capital, Vitoria, reposarían sus restos, fundó la de Reritiba, donde murió el 9 de junio de 1597, cuando dicha aldea contaba con más de 3000 indios y todos eran cristianos.

Las visitaba con frecuencia y para ellas rehizo, con las variantes oportunas, el Auto de Navidad, que ya conocemos, y otras muchas composiciones con letra sencilla y música alegre que los entusiasmaban, haciéndoles olvidar la antropofagia y sus antiguas guerras tribales.

FUNDADOR DE COFRADÍAS

Era el modo normal de “asociacionismo” cristiano de la época, que todavía perdura entre nosotros, sobre todo en la Semana Santa. Anchieta, Provincial, supo promoverlas con tino y eficacia. Sus fines principales eran el esplendor del culto divino y el alivio inmediato de las necesidades materiales de los pobres. Fueron famosas las de Nuestra Señora del Rosario en las diversas capitales, a partir de la victoria de Lepanto (1571) en tiempos de San Pío V. En Sao Paulo, donde florecían las rosas, introdujo Anchieta la costumbre de bendecirlas y hacer lo que hoy llamamos una “ofrenda floral”.

A este propósito quiero recordar su “don” (llamémosle con esta sencilla expresión) de profecía y de “percibir” de alguna manera sucesos remotos o lejanos. Sí. “Sintió” la victoria de Lepanto y 7 años después el desastre de Alcazarquivir en el momento de suceder, mucho antes de que llegaran las noticias.

La biografía que escribió Simón de Vasconcelos (Lisboa, 1672) sobre el Padre José, está llena de milagros y profecías. Hoy puede parecer “legendaria”. Pero muchos de sus asertos, que el Padre Serafín Leite puso en duda o simplemente consideró falsos, se han visto después confirmados documentalmente.

Citaré solamente la resurrección del indio Diego. Era un cofrade ejemplar. Vivía en Santos sirviendo a la cristiana familia de Domingo Días y Gracia Rodríguez. Murió entrado en años. Después de amortajado, habló llamando al Padre José. -El Padre está en San Vicente. Tardará mucho. -No. Está de camino. En efecto. Llega el Padre y se alegra Diego... “Pidiole José entonces (dice textualmente Vasconcelos) PARA GLORIA DE DIOS que contase en la presencia de los que allí estaban el misterio de su resurrección. El testimonio admirable y fidedigno de un resucitado, que luego había de tornar a morir, fue de esta suerte: -Yo partí de esta vida y a la entrada de la otra, oí una voz que decía que no caminaba al cielo por el camino real y derecho, porque no había entrado en la Iglesia de Dios por la puerta común del Bautismo (lo que en verdad ocurrió) pues cuando vinieron los portugueses a mi tierra, me enseñaron la fe y pusieron por nombre Diego, mas no el Bautismo, que yo, por error, nunca pensé que fuese necesario, y sólo trataba de guardar los Mandamientos, como los demás cristianos. Y esta fue la causa que tuve para tornar al cuerpo, y fue también orden del Señor que encontrase al Padre José en el camino para bautizarme, a quien suplico que, por dicho medio del Bautismo, me reciba en la Iglesia de Dios para ser recibido en la del cielo.

Dado este testimonio, el siervo de Dios catequizó a Diego y le administró el Bautismo, bañado él y los presentes en lágrimas, afirmando que por sólo este caso daba por muy bien empleada su venida al Brasil y todo lo padecido en él... Este milagro lo juran muchos testigos, fidedignos, en el Proceso Apostólico iniciado por orden del Sumo Pontífice...”

Los 44 años de Anchieta en el Brasil y, en especial los 10 de Provincial, fueron una verdadera lluvia de carismas, que todavía sigue fecundando a la nación católica más grande del planeta.

UNA CARTA A FELPE II

El profesor Antonio Rumeu de Armas publicó en la revista HISPANIA (tomo XIV, año 1985, págs. 5-32) una carta del Padre Anchieta a Felipe II. En el estudio magistral que hace de la misma, deduce la existencia de al menos cinco cartas cruzadas entre el monarca y el provincial. Probablemente la mutua correspondencia epistolar entre ambos —añade— fue mucho mayor.

La carta a que nos referimos está fechada en Bahía el 7 de agosto de 1583 y fue encontrada casualmente por el Dr. Rumeu de Armas en el Archivo de Simancas. El insigne historiador afirma (p. 8) que no debe perderse la esperanza de encontrar el resto en el Archivo de Indias de Sevilla o en la Torre do Tombo de Lisboa. Lo más lógico es que esté o haya estado en este último archivo, pues sabemos que los asuntos del Brasil los trataba el Rey desde Lisboa.

Sobre esta carta me voy a permitir una referencia personal. Acababa yo de recibir el volumen 6º de las Obras Completas de Anchieta, titulado CARTAS, con amable dedicatoria de su autor el Padre Hélio Abranches Viotti, S. J. (SAO PAULO, 1984), donde no aparecía la carta de Anchieta a Felipe II. Unos días antes, en La Laguna, me había hablado el Dr. Rumeu de su hallazgo casual en Simancas de aquella carta y su propósito de no publicarla hasta encontrar el resto de la correspondencia. Inmediatamente escribí al Padre Viotti contándole todo. Ese mismo año 1984 me llegó una segunda edición de las CARTAS incluyendo (págs. 336-340) el feliz hallazgo del profesor Rumeu de Armas. También conservo, con amable dedicatoria, el

estudio magistral que escribió después sobre esa carta Don Antonio en HISPANIA, tomo XLV (1985, págs 5-32). Queda por encontrar el resto de la correspondencia entre el rey portugués y el provincial brasileño).

Es en la Torre do Tombo donde se conserva la Ley más explícita sobre la LIBERTAD de los Indios (tupíes brasileños), que, con fecha 26 de julio de 1596, dictó Felipe I de Portugal y II de Castilla, en vida del Apóstol del Brasil y reflejando claramente su pensamiento. Fruto, sin duda, de aquella mutua correspondencia epistolar. Puede consultarse en las págs. 623-4 del tomo II de la HISTÓRIA DA COMPANHIA DE JESUS NO BRASIL, del Padre Serafín Leite, S.J.

En razón de la brevedad, traduzco del portugués sólo los dos primeros párrafos:

Yo, el rey, hago saber a los que este mi edicto y regimiento vieren, que considerando yo lo mucho que importa para la conversión de los gentiles del Brasil a nuestra fe católica y para la conservación de aquel estado, dar orden para que los gentiles bajen del sertón a la partes vecinas a las poblaciones de los naturales de este Reino, y se comuniquen con ellas, y haya entre unos y otros la buena correspondencia, que conviene para vivir en paz y conformidad, me pareció encargar por ahora, en cuanto yo no ordenare otra cosa, a los religiosos de la Compañía de Jesús, el cuidado de hacer bajar a esos gentiles del sertón, e instruirlos en las cosas de la religión cristiana, y civilizarlos, enseñarlos y encaminarlos en lo que conviene a los mismos gentiles, así en las cosas de su salvación, como en la convivencia común, y en el trato con los pobladores y moradores de aquellas partes, en lo que procederán de la manera siguiente:

Primeramente los Religiosos procurarán por todos los medios buenos encaminar a los gentiles para que vengan a establecerse y tratar con los moradores en los lugares que el gobernador les asignare con el parecer de los Religiosos para que tengan sus poblaciones, y los Religiosos declararán a los gentiles que son LIBRES, y que en esa su LIBERTAD vivirán en las dichas poblaciones y serán señores de su hacienda, así como lo eran en la sierra, por cuanto yo los tengo declarados por LIBRES, y mando que sean conservados en su LIBERTAD, y usarán los dichos religiosos de tal modo que no puedan decir los gentiles que los hacen bajar de la sierra por engaño, ni contra su voluntad, y ninguna otra persona podrá entrometerse en traer a los gentiles de la sierra a los lugares que se les han de asignar para sus poblaciones.

Es ahí donde se conserva la Ley más nítida sobre la LIBERTAD de los Indios, que con fecha 26 de julio de 1596 dictó Felipe II, en vida del Apóstol del Brasil, el Provincial José de Anchieta, y reflejando claramente su pensamiento.

¿Por qué ésta carta de Anchieta a Felipe II se conserva en el Archivo de Simancas y no en el de la Torre de Tombo, su lugar natural? Quizás su primer párrafo nos dé la clave:

Por un patache de aviso, que vino a estas partes del Brasil, y partió del Río de Henero el último del mismo mes, envié a V. M. un pliego de cartas del general Diego Flores y escribí del estado en que él estaba con su armada; y porque de lo demás que sucedió V.M. será informado por sus cartas, réstame a mi decir cómo estuve esperando por él en el Río todo el mes de marzo, y aún después más todo el mes de abril y parte de mayo en que volvió de la boca del estrecho y halló las Capitanías de Río y de San Vicente como las dejó, muy quietas en la obediencia y servicio de V. M. COMO LO ESTÁ TODA LA COSTA...

Es Flores de Valdés quien por primera vez, precisamente durante el provincialato del Padre Anchieta, deja pacificada y libre de piratas y corsarios TODA LA COSTA DEL BRASIL. Por eso, cuando, posteriormente, en 1588, volvió a La Coruña con los restos de la “Invencible” y fue enjuiciado y encarcelado en el castillo de Burgos, de donde salió, tras sentencia absolutoria, en 1590, ¿no es muy probable que Valdés alegara en su defensa esta carta de Anchieta, que él había llevado al Monarca y comentado con él?

Terminado el proceso, la carta quedó con el resto de documentos en nuestro Archivo de Simancas, en la sección *Guerra Antigua* (también llamada *Mar y Tierra*), Legajo 148, documento 166.

Diego Flores de Valdés también aparece en la iconografía anchietana, como puede verse en los relieves de Mastroiani. Su amistad con el Provincial fue entrañable. Así puede deducirse de este otro párrafo de Anchieta a Felipe II:

De lo que la Compañía hace, y de los trabajos que lleva en esta tierra en servicio de Dios y de V. M., no quiero más testimonio que el mismo Dios en el cielo, y confío que el general Diego de Valdés acá en la tierra, dirá lo que pasa.

En la “carta anua” de Anchieta a Aquaviva (Bahía, 1 de enero de 1584) se da amplia noticia de la armada del rey Don Felipe “con más de dos mil hombres de armas”. En la travesía habían sucumbido 150, y más de doscientos llegaron enfermos.

Fue entonces cuando Anchieta emprendió la construcción del Hospital de la Misericordia, que aún se conserva en Río de Janeiro, sustancialmente transformado. Flores de Valdés llegó a decir que “nunca se había sentido tan pequeño, ante cualquier majestad de la tierra, como experimentaba delante de aquel santo, en apariencia tan insignificante”.

Un sólo detalle, de especial relieve para la mentalidad de hoy. Habiendo cometido cierto soldado un grave delito, fue condenado a muerte. Mediaron para obtener el perdón, sin conseguirlo, el Gobernador (Salvador Correia de Sá) y su esposa, y el Superior de los Franciscanos. Intercedió el Padre José y consiguió sin dificultad la conmutación de la pena.

En otro párrafo de la carta al Rey da la impresión de que intuía el Provincial que su último destino sería la Capitanía (hoy Estado Federal) de Espírito Santo:

...yo me vine por el Espíritu Santo, y hallé toda aquella tierra asombrada con miedo de los ingleses, porque dejaron dicho que para el año que viene vendrían allí con tres o cuatro galeones armados. Y si lo cumplieren y quisieren hacer fuerza, no tienen los moradores que hacer sino acogerse cada cual por los montes por donde mejor pudiere, porque no tienen otra defensión. Y la barra es tan acomodada que si los ingleses hicieren algún fuerte en ella, sería muy dificultoso echarlos de allí. Por lo cual, así el gobernador de ella Vasco Fernández Coutinho como los moradores, están muy deseosos de que V. M. tome la Capitanía por suya y la fortalezca, como cosa de que depende toda su salvación. Y de esto tienen mucha necesidad todas las Capitanías, no sólo para la conservación de este Estado del Brasil, mas también para la navegación del Estrecho, Río de la Plata y Perú. Allende de otras comodidades, que no son para carta, que Diego Flores tiene bien entendido, y creo lleva determinación de platicar muy menudamente con V. M.

Aunque nos falte casi toda la documentación sobre este tema, por sólo este párrafo podemos deducir que si hoy el Brasil es una nación católica y portuguesa, se debe al Padre José, que tan admirablemente aconsejó a Felipe II por medio del General Diego

Flores de Valdés en los años más difíciles y decisivos de aquella costa atlántica de América, tan codiciada por franceses, ingleses y holandeses.

SU ÚLTIMA DÉCADA DE VIDA

El Padre José, según las Constituciones de la Compañía de Jesús, no podía continuar indefinidamente de Provincial. Pero era muy difícil encontrarle un sustituto. El mismo Visitador pensó informar sólo por escrito al Padre Aquaviva y quedarse, de Provincial, en el Brasil.

Finalmente, decidió embarcar en Bahía para Lisboa, camino de Roma. Piratas franceses lo secuestraron y llevaron hacia el Cantábrico. Allí lo dejaron en un bote, con otros viajeros, después de arrojar al mar todos sus libros y documentos. Arribado casi milagrosamente a un puertecito de Vizcaya, volvió caminando a Lisboa. El que si se quedó en la Misión fue su Secretario el Padre Cardim, que llegó a ser Provincial después de la muerte de Anchieta.

El nuevo y sexto Provincial, Marcial Beliarte, lisboeta, había ejercido la docencia en Coimbra y Évora. Era un gran profesor amante de los libros. Renovó la Biblioteca del Colegio de Bahía. Como Superior, se revistió de cierto boato que no se correspondía con la pobreza absoluta de su predecesor. El Padre Anchieta procuró, sin embargo, suavizar la situación con su simpatía y prudencia.

Un gran servicio prestó el nuevo Provincial al Brasil. Consiguió licencia del P. General para que se publicase en Coimbra la Gramática y los Catecismos del Padre Anchieta, que se usaban en desgastados, aunque preciosos, manuscritos. La censura y aprobación de la obra corrió a cargo del sacerdote brasileño Agustín Ribeiro, antiguo alumno del Colegio de Bahía, que llegó a ser Obispo en las Azores. A la aprobación añadió el elogio:

Además de la satisfacción y edificación que hay por toda aquella costa de la gran virtud, religión y ejemplo del Autor, de que siempre daré testimonio...

La Gramática fue impresa en 1595. Con las dificultades de la navegación, es posible que ni siquiera llegara a manos del Padre Anchieta el primer ejemplar. Tampoco se apreció su gran valor científico hasta que la escuela lingüística de Leipzig la publicó varias veces en el siglo pasado. La última edición de esta Gramática se encuentra en el volumen 11 de Monumenta Anchieta (Sao Paulo, 1990).

El Provincial Beliarte tuvo también la mala suerte de ser secuestrado por piratas ingleses y hubo de ser rescatado a buen precio. Por ese motivo encomendó la visita de San Vicente al Padre José, que pudo despedirse por última vez de su amado y fidelísimo Sur.

Vuelto a Vitoria, se dedica preferentemente a enseñar a los indios. Pero siempre “suaviter”. Alegrándolos. Como aconsejaban los clásicos latinos: “docere delectando”

(enseñar deleitando). Son de esta época muchas de las canciones y obras teatrales que se han conservado, no pocas autógrafas. Como el “Auto de la Asunción”, cuando llegó su imagen a Reritiba en 1590. Lo escribió todo en tupí y de su propia mano. Insertado en la vida de la aldea, en la última estrofa se invita a rezar por el Padre Diego Fernández que se encontraba enfermo.

Asiste a sus fiestas y juegos. Como el del pato. Salen dos a perseguir a un pato. Será del primero que lo atrape. Parece que los dos lo han cogido al mismo tiempo. Uno por el cuello y otro por la cola. Acuden al Padre José como árbitro. Hay allí un niño mudo de cinco años llamado Esteban y a él le pregunta el Padre: -Ha sido éste, responde, pero yo lo quiero para mi madre... ¿Milagro?

Como el lisiado que había venido con otros indios del sertón, sirviéndose de manos y pies. Los indios saludan de pie al misionero, uno por uno. El lisiado no puede hacerlo. -Toma mi bordón y levántate... “Tomando el dicho indio el bordón, se levantó y comenzó a andar de pie, como después siempre anduvo...”. se lee en los procesos.

EL AUTO DE SAN MAURICIO

Ya aludimos a él en páginas anteriores. Es de esta época (1595). Son 1775 versos en portugués y castellano. Introduce un personaje alegórico, como lo haría después profusamente nuestro Calderón de la Barca: “la vieja ingratitud”.

Su papel de vieja mala y sembradora de pleitos, es tan realista y está tan bien caracterizado que ha merecido el título de una tesis doctoral defendida por Edith Pimentel Pinto: “Auto de la Ingratitud”. Con cierta ligereza o pereza mental se ha tildado la obra literaria de Anchieta de pura catequesis. El Congreso Internacional de La Laguna en junio de 1997 ha empezado a valorarla. El de Coimbra, en octubre de 1998, estudia científicamente algunos aspectos de la obra y de la vida de José de Anchieta. Pero es necesario continuar ese estudio y canalizar la devoción del pueblo lagunero y canario al que, sin duda alguna, es su hijo más ilustre. En los comienzos del tercer milenio esta devoción puede iluminar y caldear la nueva evangelización que tanto necesitamos todos los pueblos hispanos.

La representación del Auto comienza en el Puerto de la Villa, como una especie de “Prólogo”, para recibir una reliquia de San Mauricio, que viene en barco desde Portugal. Un grupo de diez meninos indios, ataviados con plumas multicolores, cantan, bailan o recitan versos desde el Puerto hasta el atrio de la Iglesia de Santiago. La Villa entera va siguiendo este espectáculo más folklórico que dramático.

El Acto primero tiene como escenario el atrio de la Iglesia. Satanás habla en castellano y Lucifer en portugués. En un vivo diálogo, saturado de humor, intentan seducir a San Mauricio, sin conseguirlo. El pueblo ríe... y aprende.

El Acto segundo es más serio. Se retiran los demonios y aparece la Villa de Vitoria, deprimida por los males físicos (epidemias, sequías) y por la situación moral de su pueblo. El Buen Gobierno, otro personaje alegórico, personificado en un honorable anciano, intenta consolarla... Pero se confiesa fracasado ante la VIEJA INGRATITUD, que irrumpe en la escena, declarándose enemiga de Dios y de los hombres. Entonces el embajador castellano del Paraguay se le enfrenta con dureza, al tiempo que critica la poca devoción de la gente a tan grandes santos. San Víctor, compañero de martirio de San Mauricio, expulsa a la Vieja y restablece la paz,...

En el Acto tercero, el Buen Gobierno exhorta al pueblo a escuchar los avisos del Temor y Amor de Dios, que hablan con no menos claridad que suavidad y prudencia. La Villa de Vitoria cierra el Acto invitando a la alegría de la Fiesta.

En el Epilogo o Despedida vuelven a cantar y bailar los meninos mientras se dispersa la multitud.

¿Teatro catequético? Sí. Pero también teatro estético, histórico, folclórico e ingeniosísimo, que merece un puesto de honor, hasta ahora vacante, en nuestra literatura hispánica.

ANCHIETA Y LOS ENFERMOS

Sabemos que el Hermano José vino al Brasil, después de haber sido desahuciado por los médicos de Coimbra. Recordemos su carta al Padre Aquaviva de 8 de agosto de 1854. “Como mi dolencia comenzó hace muchos años, y ahora, apretó más, hay pocas esperanzas de salud...” Casi 13 años duró todavía en el Brasil. En aquella carta no pide nada para sí. Sin embargo en la postdata le recuerda al Padre General el deseo del Padre Vicente Rodríguez de morir en Portugal.

Su solicitud por los enfermos fue continua y eficaz. Sus curaciones “portentosas”, con medios rudimentarios, fueron sin número. Los muchos testimonios en los Procesos son impresionantes. Siendo estudiante y profesor en San Vicente, antes de ser ordenado de sacerdote, practicaba lo que se llamaba entonces “sangría”, con tal éxito que nos obliga a pensar que la mano de Dios dirigía la suya.

Practicó también entonces, en casos extremos por falta de médicos, cirugías que hoy nos sobrecogen, cortando, con tijeras y lancetas, carnes no ya infectadas, sino podridas y hasta con gusanos, con resultados “portentosos”... Impresiona leer las cartas de esos años en San Vicente, marcadas con variadas y terribles epidemias, a las que se enfrenta el Hermano José con una caridad heroica, hija de aquella fe que “creció con él desde sus primeros años en La Laguna”...

Las curaciones de Anchieta, testimoniadas en los Procesos de canonización, revelan, a veces, su buen humor y su penetración psicológica. Como cuando dice al Hermano Francisco Fernández, enfermo de fiebres cuartanas: -“Id a la ermita de Nuestra Señora de la Estrada y dejadlas allí”. Y allí las dejó.

SU ÚLTIMA CARTA PERSONAL

La dirige a su antecesor en el provincialato, el también castellano Padre Ignacio Tolosa. No se conserva el original, pero sí la traducción portuguesa del Padre Pedro Rodríguez (entonces su Superior Provincial), que la insertó en su biografía del Apóstol del Brasil. Esta biografía interesó tanto al Padre General, Claudio Aquaviva, que encomendó su traducción al latín al célebre humanista Padre Beretari, y del latín se tradujo varias veces a todas las lenguas de Europa durante el siglo XVII. Intentaré que mi versión al castellano se parezca lo más posible al original del Padre José. Diría, más o menos, así:

Reritiba, 6 de diciembre de 1595

Pax Christi

El Padre Provincial me daba permiso para que estuviera en cualquier parte de la provincia que quisiese. No quise tanta libertad, pues suele ser causa de ceguera y de equivocar el camino, no sabiendo el hombre escoger lo que le conviene. Y sería gran desatino, cuando hace cuarenta y dos años que dejé en todo la libre disposición de mí en manos de los superiores, querer ahora, al cabo de mi vejez, disponer de mí.

Púseme en las manos del Padre Cardim (que iba de rector a Río de Janeiro). Y ordenó Nuestro Señor que acompañase al Padre Diego Fernández en esta Aldea de RERITIBA para ayudarle en la doctrina de los Indios, con los cuales me doy mejor que con los portugueses, porque a AQUELLOS vine a buscar al Brasil y no a éstos. Y ya podrá ser que quiera la Divina Sabiduría que acompañe al mismo Padre en alguna entrada al sertón para traer algunos de ellos al seno de la Iglesia. Y, pues no me merezco por otra vía ser MÁRTIR, que al menos me encuentre la muerte desamparado en algunas de esas montañas, ubi ponam animam meam pro fratribus meis (donde dé mi vida por mis hermanos: Jn 15, 13).

La disposición corporal es flaca, mas ésta basta con la fuerza de la gracia, que de parte deí Señor no faltará. Y porque de mi parte no falte, porrige tu dextram et benedic filiolo tuo in Christo Jesu Domino Nostro (levanta tu diestra y bendice a tu hijito en Cristo Jesús Señor Nuestro)
José

SU ÚLTIMO AUTO SACRAMENTAL

Cualquier comentario a la carta anterior no haría más que empobrecerla... Lo mismo podría decirse de su última pieza de teatro. El 2 de julio de 1597 quería celebrar a su Patrona, Santa Isabel, la Cofradía de la Misericordia de Vila Velha. Y acuden al Padre José, a primeros de mayo. Como siempre, y a pesar de estar enfermo, acepta. El autógrafo se conserva en Roma. Los tres actos de siempre ofrecen una impresionante diferencia: el 1º consta de 415 versos, el 2º de 145, el 3º tiene solamente 12.

Éste no es más que una brevísima glosa a la cantiga del comienzo:

*¿Quién te visitó, Isabel,
que Dios en su vientre tiene?
Hazle fiesta muy solenne,
pues que viene Dios en él.*

El segundo acto termina con unos versos del protagonista, que es un ‘romero castellano’:

*Pártome sin me partir
de vos, mi Madre y Señora,
confiado que en la hora
en que tengo de morir,
seréis mi Visitadora.*

El Padre Anchieta no pudo asistir al estreno, si es que lo hubo, el 2 de julio, pues murió antes. En la última página del manuscrito alguien añadió en portugués:

“Esto es lo último que el Padre José hizo en vida. Se fue a gozar del Señor a los 9 de junio de .1597. Murió en la aldea de Reritiba, en la Capitanía del Espíritu Santo, siendo Superior el Padre Pero Soares y de la aldea el Padre Diogo Fernandes”.

UN SANTO PARA EL TERCER MILENIO

Hoy hablamos todos de ecología y de ecologismo. Es que se nos ‘cae la casa’. Pero seguimos sin cuidarla. Anchieta es un santo que se fue apagando entre los indios y sus florestas. Él sí que era ecólogo y ecologista. Le sobrecogía el Teide en su isla natal, le deleitaban las riberas del Mondego en Coimbra, y su actitud ante la inmensa diversidad de plantas y animales del nuevo mundo, que tan bien describió cuando apenas llevaba seis años en el Brasil, le merecieron allí el calificativo de segundo Adán.

Es cierto -dice Cardoso- que llegó a conocer los muy diversos y múltiples instintos de los animales, tratándolos conforme a su naturaleza. Por eso, lo respetaban y lo iban siguiendo como a quien los contemplaba con afecto, les hablaba en tupí, les daba, a veces, de comer. Sabemos que los animales así tratados, acostumbran corresponder de mil maneras, cada cual según su instinto, a ese cariño.

Hemos recordado ya algunos de los innumerables casos de la vida del Padre José, descritos por sus coetáneos, jurados en los procesos de beatificación y llamados milagros, que hoy diríamos más bien “floreillas” como las de San Francisco de Asís, aunque mucho más frecuentes y “portentosas”.

Eran aves y pájaros de toda especie que lo rodeaban y seguían, jilgueros, canarios, “guarás” o garzas, gaviotas e incluso animales feroces como panteras, reses bravas, víboras o cobras venenosas como aquella que él llegó a acariciar. Lo refiere el Padre Pedro Rodríguez en su biografía:

Encontramos en el camino una víbora muy venenosa. Huimos de ella todos, pero el Padre José nos dijo que no huyéramos. Volvimos. Y el Padre llamó a la víbora, que vino a su llamada. La tranquilizó y la tomó con su mano y la puso en su regazo, acariciándola. Tomó de esto MOTIVO para HABLAR a los Indios de Dios, y encarecerles cómo todas las cosas, hasta aquel animal tan feroz, OBEDECÍAN a quien obedecía y guardaba los preceptos de Dios. Y, pasado algún tiempo en esta plática, bendijo a la cobra y le mandó se fuese quietamente, como lo hizo. Y los Indios continuaron su camino con el Padre, maravillados de lo que habían visto y alabando a Dios en las maravillas de su siervo...

Razón tenía Vasconcelos para llamarlo segundo Adán y buen motivo tenemos nosotros para tomarlo como el gran ejemplo de la Nueva Evangelización, a la que nos llamó Juan Pablo II a las puertas del Tercer Milenio Cristiano.

Otra maravilla o “portento”, menos impresionante, pero referida también por su biógrafo Rodríguez y sacada por él de los Procesos: “El Padre Samperes, valenciano de nación, dijo así en su testimonio: - Yo vi con mis ojos en la Capitanía del Espíritu Santo, que, predicando el Padre José en la fiesta del Espíritu Santo, en nuestra casa, vino volando un pajarillo como canario y se le posó sobre el hombro izquierdo, y se fue mansamente después de que el Padre lo despidiera por segunda vez con una caricia.

Podrían llenarse muchas páginas con casos semejantes, que admitirían una explicación natural sin recurrir al milagro, pero que justifican la calificación del Cardenal Cienfuegos, aceptada elogiosamente por Viera y Clavijo: EL PORTENTOSO PADRE JOSÉ DE ANCHIETA.

MODELO Y PATRONO DEL MUNDO HISPÁNICO

El término “mundo” se usa hoy de una manera “equivoca”, es decir, engañosa y falsa. El ejemplo más frecuente es el de “tercer mundo”, que ya tiene su adjetivo correspondiente: “tercermundista”, usado también de forma arbitraria y casi siempre despectiva e injusta.

“Mundo”, en su verdadero sentido semántico, es un conjunto de ideas y sentimientos comunes, de creencias, costumbres y proyectos compartidos, durante siglos, por un grupo humano que ha dejado su huella en la Historia. Esto es, en opinión de Julián Marías, lo que realmente constituye a las muy diversas nacionalidades de la Monarquía Hispánica. Si algo merece llamarse un “mundo” es el Mundo Hispánico. Ligado, además, por una gran lengua común, el castellano, entendido en Brasil, incluso por los Indios, como hemos comprobado, desde los tiempos del Padre Anchieta.

Prescindiendo, obviamente, de pasajeras formas políticas (Portugal y Brasil se desgajaron en el siglo XVII; Hispanoamérica y Filipinas en el XIX, ahora parece que lo desean igualmente otras “nacionalidades” hispanas de la península), en el fondo, nuestro Mundo Hispánico “aún cree en Jesucristo” y ha dado de Él testimonio, hasta el martirio, a lo largo de veinte siglos y en todas las latitudes del planeta.

Por cierto, ¿no hay alguna diferencia entre el “injerto” de Hispania en América, con sus Leyes de Indias, durante el siglo XVI, mezclando vida y sangre, porque TODOS eran hijos de Dios, y el “colonialismo” de otros “mundos” en Africa durante el XIX, buscando solamente riquezas materiales? Sin Leyes de Indias, sin verdaderos intercambios de cultura y de sangre y de derechos humanos fundamentales.

Otro detalle, que puede parecer baladí. Cuando decimos “Inglaterra” para nombrar a una determinada nación, tomamos la parte por el todo. El todo es el Reino Unido (UK). Igualmente, cuando decimos “España” tomamos también la parte por el todo. El nombre de “España” es también ambiguo, y por eso he procurado no usarlo en esta biografía. El Padre Anchieta no perteneció a “España”, sino a las “Espanñas”.

En el ámbito eclesial, el Arzobispo de Toledo se llama “Primado de las Espanñas”. Ahora bien, el de Tarragona, en “Cataluña”, y el de Braga, en “Portugal”, reclaman también para sí el título de “Primado de las Espanñas”. Felipe II fue el primer “Hispaniarum et Indiarum Rex” (“él es mi rey de verdad”, decía la ciudad de Vitoria en el auto anchietano), como lo hubiera sido cincuenta años antes Don Miguel de Portugal, el infante que descansa con sus abuelos, los Reyes Católicos, en la Capilla Real de Granada.

Repito que prescindo de “pasajeras formas políticas”. Mucho más ha cambiado, en sólo el siglo XX, el resto del mapa de Europa. Y no solamente en los Balcanes...

El Mundo Hispánico, en su profunda realidad histórica, fue totalmente ignorado, cuando no vilipendiado, en 1992, al cumplirse el V Centenario de la INTEGRACION DEL MUNDO, por la acción conjunta de Castilla y Portugal. La evangelización del Nuevo Mundo, con todos sus defectos humanos, es la obra cultural más grande de la Historia de la Humanidad. Con la transfusión de la que llamó Rubén Darío (también hoy olvidado) “sangre de Hispania fecunda”.

Pues bien, si hay alguna figura histórica que pueda ser MODELO PERFECTO de ese Mundo Hispánico es nuestro Beato José de Anchieta. No hace falta demostrarlo después de la lectura de esta breve biografía. Lo que necesitamos es su pronta canonización. Él no tenía prisa, como vimos, ni en ordenarse de sacerdote. Pero nosotros, sí. Nunca faltan flores en su sencilla imagen de la Catedral de La Laguna. Ni en su monumento de tan difícil acceso en el cruce de la Esperanza.

Aunque eso no es todo. Lo que hace falta es que ahondemos en su conocimiento y fomentemos su devoción. El Sr. Obispo de La Laguna, Don Felipe Fernández, durante el inolvidable 7 de diciembre de 1996, cuando bendijo la nueva Parroquia de la Concepción en Santa Cruz de Tenerife, terminó su alocución con este pequeño poema del Apóstol del Brasil a la Virgen Inmaculada:

*Oh niña, hermosa estrella,
lucero de nuestra vida,
chiquita como centella,
mas de Dios engrandecida,
Y MÁS HONRADA,
Y MÁS QUERIDA,
SIN PECADO CONCEBIDA.*

*Sois mayor que todo el cielo,
y en el vientre estáis metida,
más cubierta con el velo
de la gracia sin medida,
Y MÁS HONRADA,
Y MÁS QUERIDA,
SIN PECADO CONCEBIDA.*

*Vos, niña, sois el comienzo
de la vida prometida,
y pariendo a Dios inmenso,
seréis virgen y parida,
Y MÁS HONRADA,
Y MÁS QUERIDA,
SIN PECADO CONCEBIDA.*

Esto es lo que nos falta. Y lo que pretendo con esta pobre biografía. Que desde el Prelado hasta el último fiel de Tenerife conozcamos e invoquemos al Beato José de Anchieta; que en ninguna de nuestras iglesias falte una imagen o algún cuadro suyo como el de la Basílica de Candelaria. En Brasil son continuos los “favores” que alcanza del Señor para sus devotos, el Beato José de Anchieta, ¿por qué no ha de ser lo mismo en Tenerife y en todo el MUNDO HISPÁNICO?

Cuando el Padre José murió dulcemente en Reritiba el 9 de junio de 1597, los Superiores decidieron darle sepultura en la Iglesia de Santiago de Vitoria, capital de Espíritu Santo. Su féretro lo llevaron los indios entre rezos y cantos piadosos. “No pesa”, “no pesa”, decían, entre el dolor y el alborozo. Cinco días tardaron, caminando por la playa o subiendo y bajando los acantilados.

El Administrador Apostólico (con funciones de obispo) de Río de Janeiro, que presidió las solemnes exequias, lo llamó por vez primera “el Apóstol del Brasil”.

ÚLTIMA REFLEXIÓN: EL ENIGMA ANCHIETA

Quisiera ser breve como corresponde a este **esbozo** de biografía anchietana. Una anécdota: el 9 de junio de cada año suelo asistir a la Misa del Beato Anchieta que celebran los jesuitas de la Facultad de Teología de Granada. En una ocasión, al salir, me preguntó un Padre ya anciano: -¿El Padre Anchieta fue mártir? -No. -Entonces ¿misionero? -Sí. Ahora fui yo quien pregunté. -¿conoce Vd. a San Francisco Javier? Pues multiplique por 4,4. Lo que evangelizó el navarro recorriendo la costa de la India y el Japón durante diez años (de 1542 hasta 1552), tomando el relevo, con 19 años, lo superó el canario (desde 1553 hasta 1597) recorriendo toda la costa del Brasil: 44 años frente a 10. Con el mal de Pott, como hemos dicho. Dejando, además, una ingente obra literaria, en la que destacan 12.000 versos latinos. Etc.

¿Y por qué no se le conoce como a Javier? Ése es el **enigma**. No se le conoce **hoy**. A fines del siglo XVI y durante todo el siglo XVII sus cartas eran bastante más numerosas y más leídas que las de Javier. Su primera biografía, escrita en portugués por su último Superior Provincial, el Padre Pedro Rodríguez, como dijimos más arriba, interesó tanto al General Aquaviva, que encargó al insigne

humanista Padre Beretari, su traducción al latín, y del latín se tradujo, varias veces, a todas las lenguas de Europa.

Después vino, a mediados del XVII, como reacción al excesivo “centralismo” del conde duque de Olivares, la reacción “secesionista periférica” (Andalucía, Cataluña y Portugal), de las que sólo esta última, por motivos, que nos desviarían del tema examinar, la que consiguió, con Juan de Braganza (Juan IV de Portugal) su independencia política.

Del Brasil, que hablaba más castellano que portugués, como prueba el profesor Nicolás Extremera, vino a rendir pleitesía al nuevo monarca portugués el Virrey de la colonia, al que acompañaban diversas personalidades, entre las que destacaban dos eminentes jesuitas: el Padre Antonio de Vieira, que se quedó en Lisboa, como predicador de la corte y al que llamaban el “Cicerón portugués”, y el Padre Simón de Vasconcelos, que volvió al Brasil como Provincial y Archivero.

El Padre Vasconcelos, aprovechando bien el Archivo de la Provincia, escribió la mejor biografía de nuestro santo lagunero: *Vida do venerável Pe. José de Anchieta*. Lisboa 1672, 594 págs. Esta biografía fue reeditada, en el siglo XX, dos veces: en Río de Janeiro, 1943, por Serafim Leite, y en Porto, 1953, por Julio Dantas. Vasconcelos, después de haber descrito el nacimiento de Anchieta en La Laguna en 1533 (ése error duró hasta que se encontró su partida de bautismo, que afirmaba claramente la fecha del 19 de marzo de 1534), añade algo más adelante que “según algunas conjeturas, había nacido cerca de Coimbra”. ¡A dónde llega el “nacionalismo” hasta en grandes hombres!

En Xerez de la Frontera apareció poco después (1677) un libro firmado por Baltasar Anchieta Cabrera y San Martín, con un título bien barroco: *Compendio de la vida de el Apóstol del Brasil, nuevo taumaturgo y grande obrador de maravillas, V. P. Joseph de Anchieta, de la Compañía de Jesus, natural de la Ciudad de la Laguna, en la Isla de Tenerife, una de las de Canaria. Pónese a el fin de é luna delineación de los Ascendientes y descendientes de su linaje, en dicha Isla, que prueva su antigua patria, CONTRA UNA NUEVA Y LUSITÁNICA CONJETURA*.

Este libro vale bien poco. Mejor hubiera sido traducir al castellano la extraordinaria biografía de Vasconcelos con una breve nota sobre la “lusitánica conjetura”. Y mejor todavía que Anchieta hubiera tenido, como tuvo Javier, un Jorge Schuhammer con sus cuatro tomos sobre el Apóstol de las Indias. Para el del Brasil hubiera necesitado diez o doce.

Después vino el Marqués de Pombal, expulsando, en 1759, a los jesuitas de Portugal y sus colonias, entre terribles vejaciones. Hasta mandó quemar y destruir todos sus libros y documentos. Pudiera haberse perdido entonces, aunque es improbable la profanación de la Torre do Tombo, la importante correspondencia entre Anchieta y Felipe II. Sí es cierto que se perdieron algunos manuscritos suyos. Menos mal que la mayor parte se conservaban en ARSI (Archivum Romanum Societatis Iesu).

La mejor biografía actual de Anchieta es la del Padre Hélio Abranches Viotti, S.J. (Sao Paulo, 1980), que debería traducirse al castellano.

En el Apéndice B (*Anchieta, Autor do Poema “De Mem de Sá”*), págs. 311-330, ofrece el Padre Viotti otra buena pista para estudiar el **enigma** Anchieta. 19 páginas emplea el autor en refutar la tesis contraria de Serafim Leite: *O Poema de Mem de Sá e a pseudo-autoria do padre José de Anchieta* (Brotéria, v. LXXVI, nº 3, marzo de 1963).

La *História da Companhia de Jesus no Brasil*, en diez tomos (Lisboa 1938-1950) es la obra monumental del Padre Leite. Pero ya en el Prefacio se jacta de querer sustituir el “símbolo” por la “historia”. Escribe (pág. XV: “Umás vezes a idealiza- ao dá para concentrar num homem a glória de muitos. No Brasil, Anchieta”). Después de este prolegómeno, puede uno encontrar otra buena pista para seguir investigando sobre el **enigma** Anchieta.

APÉNDICE

La carta del Padre Kolvenbach nos servirá de estímulo para trabajar con entusiasmo por la pronta canonización del Beato José de Anchieta, Apóstol del Brasil

CURIA PRAEPOSITI GENERALIS 97106 IV centenario de la muerte del Beato José de Anchieta
SOCIETATIS IESU

ROMA Borgo 5. Spirito, 4

A TODA LA COMPAÑÍA

Querido Padres y Hermanos:

P.C.

El próximo 9 de junio, con una serie de celebraciones de carácter religioso y cívico, científico y popular, la Compañía de Jesús, a una con toda la nación brasileña y con su tierra natal, conmemora el IV Centenario de la muerte del Beato José de Anchieta. Proclamado ya “Apóstol del Brasil” por el Administrador Apostólico de Río de Janeiro durante la celebración de sus exequias, ha sido desde entonces no sólo venerado como santo sino también reconocido por el pueblo brasileño como uno de los fundadores de su Iglesia y de su misma nacionalidad.

Arquetipo y símbolo de la empresa evangelizadora en aquella parte del nuevo mundo, su nombre está ligado a la fundación de las ciudades de São Paulo y Río de Janeiro, así como a los orígenes de la educación y cultura de la nueva nación. Anchieta contribuyó a plasmar la autoconciencia del pueblo que nacía del dramático encuentro de los nativos con los colonizadores portugueses. Y lo logró mediante su participación en acontecimientos decisivos para la génesis del Brasil actual; mediante su actuación como maestro y enfermero, catequista y predicador, guía espiritual y consejero político; mediante el extraordinario ascendiente de su personalidad carismática sobre indígenas y colonos; y sobre todo mediante el testimonio de su vida de fe y entrega generosa y gratuita al servicio de los demás.

Esta capacidad de insertarse creativamente en un mundo nuevo con la convicción de la fe y la apertura del amor a los valores y necesidades de la gente sigue siendo una fuente de inspiración para nosotros que, cuatro siglos después, somos llamados a responder a los desafíos de la nueva evangelización.

Oriundo de la Casa Solar de los Anchieta de Urrestilla, emparentados con sus vecinos los Loyola, José nació el 19 de marzo de 1534 en La Laguna de Tenerife, en las Islas Canarias, donde había emigrado su padre. A los 17 años, entró en la Compañía en Coimbra, después de completar los estudios de humanidades e iniciar la filosofía en el célebre Colegio de Artes de esa Universidad, foco de irradiación del humanismo renacentista en Portugal. En 1553, apenas hechos los votos, embarcó hacia Salvador de Bahía, donde cuatro años antes habían llegado los primeros jesuitas, capitaneados por el P. Manuel da Nóbrega, para iniciar la evangelización de los pueblos indígenas.

El mismo Anchieta narra en cartas a San Ignacio y a los jesuitas de Portugal sus primeras impresiones sobre aquel mundo tan diferente, “donde es necesario ser santo para ser hermano de la Compañía”. Las durísimas condiciones de vida y el choque provocado por las costumbres de la tierra no le quitan la “alegría y consolación” experimentados al palpar los progresos de los niños indígenas. De hecho, el joven religioso será durante diez años el alma del pobre Colegio de São Paulo de Piratininga y de la villa del mismo nombre que surgía en el alto de la Sierra del Mar. Allí “se empezó de propósito, escribe más tarde, la conversión del Brasil, siendo ésta la primera iglesia que se hizo entre los paganos”. Y allí desplegó su dedicación, capacidad e influjo creciente.

Experiencia decisiva en su vida son los cinco meses que pasa como rehén voluntario entre los tamoyos, tribu poderosa que con su rebelión amenazaba destruir las frágiles bases de la colonización portuguesa en el sur, juntamente con la prometedor misión entre los nativos. Para superar el miedo ante los peligros y tentaciones de aquellos días terribles llena su tiempo y su corazón con los ritmos ardientes del extenso poema que promete componer en honor de la Virgen María.

Después de 11 años de “magisterio”, el Hermano José es enviado finalmente, a Bahía, donde entretanto se había establecido la sede de la Provincia del Brasil, para completar sus estudios teológicos. Ordenado presbítero a los 32 años, retoma su servicio apostólico por otros 32, repartidos en tres períodos casi iguales: unos diez años como Superior en São Vicente, otros tantos como Provincial y diez más, con la salud ya muy quebrantada, pero todavía activo y con importantes responsabilidades, en la región de Espíritu Santo.

“Hecho todo a todos, para ganar, sea como sea, a algunos” (1 Cor 9,22), Anchieta reúne en su personalidad de apóstol las distintas características de nuestro modo de proceder (CG d.26) en síntesis vigorosa y original. Misionero y místico, poeta con notable sentido práctico, apasionado por el Señor y por los pobres, cercano a los hombres y a la naturaleza, culto y sencillo, enfermo con enorme capacidad de resistencia, fecundo a pesar de la carencia absoluta de recursos, el brillo de su figura simpática, no ofusca, sino atrae.

A pesar de la desconcertante variedad de sus simpatías e iniciativas, Anchieta jamás da impresión de ser hombre fragmentado. Porque la médula de sus empresas late siempre al ritmo de la unidad de la clara y exigente misión jesuítica, lapidariamente resumida por San Ignacio: ayudar a la gente a reencontrar a su Señor, que es su origen y será su fin. Esa unidad de fondo se manifiesta en la vida de Anchieta desde su generosidad de jesuita joven, a través del dinamismo apostólico de sus años de madurez, hasta la disponibilidad dolorosa de los últimos días de su vida entre los indios de Reritiba en 1597. En esa unidad de fondo injerta tanto las inquietudes socio—políticas del Brasil como la apuesta por las Bienaventuranzas. Gracias a ella puede denunciar las injusticias de los colonizadores y anunciar la Buena Nueva a los oprimidos, amando de corazón tanto a brasileños como a portugueses. De esa experiencia unitaria brota el sencillo deseo de desgranar con los más desposeídos de los indios un *Ave María* del Rosario y la decisión de cantar en 5.785 versos latinos las glorias de Nuestra Señora.

Particularmente unidos con nuestros compañeros de las Provincias brasileñas e ibéricas, pidamos al Señor, por intercesión del Beato Anchieta, esa unidad de fondo, que, en la variedad de nuestras obras y de las necesidades del mundo, nos haga reconocer en todo y por todo que somos llamados a ser jesuitas, compañeros de Jesús.

Fraternalmente vuestro en Cristo,

Peter-Ilaus Koivenbach, S.J.

Prepósito General

Roma, 2 de junio de 1997

Vice-Postulação da Causa de Canonização do Beato Pe. José de Anchieta

Comunicado

Para comunicação de graça e solícitação de material devocional escrever para:

Pe. Cesar Augusto dos Santos

R. Haddock Lobo, 400 – Cerqueira Cesar

01414-902 – São Paulo – SP

tel:(11) 3255-0345

Nosso endereço eletrônico:

beatojosedeachieta@uol.com.br

Que Deus, por intercessão da Virgem Maria e do Beato Anchieta, abençoe a você e a todos que nos ajudam a continuar trabalhando pela causa do nosso Beato.

Com carinho,

Pe. Cesar Augusto dos Santos, SJ

Vice-Postulador da Causa de Canonização de Anchieta

São Paulo, 23 de maio de 2007.